

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Una bomba menos

Roy Powers, agente de la CIA, ha recibido tres balazos en la espalda, y aun así, ha conseguido llegar a la lancha, ponerla en marcha, huir y pedir ayuda. Aunque la ayuda llega tarde. Ahora sólo queda una duda: ¿Cuánto tardará en morir el asesino de Simón-Powers?



Lou Carrigan

Una bomba menos

Brigitte en acción - 212

Archivo Secreto - 177

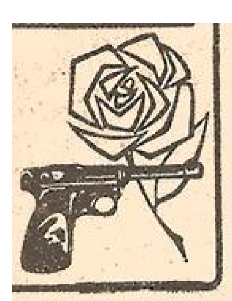
ePub r1.0

Titivillus 28.06.2017

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Preludio

Comenzaba a ponerse el sol cuando el agente de la CIA, Roy Powers, recibió los tres balazos en la espalda.

El primero de ellos ya lo derribó, lo hizo rodar violentamente por el suelo; pero milagrosamente, Roy Powers volvió a ponerse en pie y continuó corriendo.

Entonces, recibió el segundo balazo. Y el tercero.

Los notó con plena consciencia, como suaves golpecitos. Y a cada uno de estos golpecitos se estremeció… y continuó corriendo.

Cierto que tenía una pistola. Podía haberse detenido, encararse a sus perseguidores, hacerles frente. Pero sabía que si hacía eso, no tendría ni siquiera aquella pequeña oportunidad que se le ofrecía de salvarse; de llegar a la lancha, ponerla en marcha y partir. Quedarse, hacer frente a la persecución, significaba morir. Seguir corriendo, aun con tres balas en la espalda, podía significar salvar la vida.

Esto no eran pensamientos de Roy Powers, sino conocimiento exacto de la realidad. Lo comprendía, lo sabía, no necesitaba pensarlo.

Por eso corría, y corría, y corría…, mientras notaba en la espalda el calor de la sangre. Para él solamente existía una cosa en el mundo en aquel momento: la veloz lanchita con la que había llegado hasta allí poco antes. Sólo eso.

Ya no oía nada por detrás de él. Ni voces, ni ruido de pies… Nada. Sabía que estaban disparando, que seguían disparando contra él, pero además de que las pistolas llevaban silenciador, sus oídos estaban perdiendo ya las facultades. Sus oídos, sus piernas, todo su cuerpo, su corazón… Sólo la mente del espía seguía funcionando, con una orden concreta hacia aquel cuerpo que, en realidad, estaba prácticamente muerto. Sólo esta orden: corre, corre, corre…

Y corriendo, Roy Powers llegó a la pequeña y veloz lanchita,

saltó a ella, la puso en marcha y partió. Por detrás de él, lo sabía con toda seguridad, llegaban corriendo varios hombres que a su vez disponían de una lancha. No tan veloz como la de él, pero no se detendrían por eso: seguirían persiguiéndole, disparándole…

La lancha salió del pequeño embarcadero, hacia mar abierto. Por delante de Roy Powers, lejos, se veían ya las luces de El Pireo y de Atenas.

Bien. Ya estaba en la lancha. Por tanto, aquella orden del cerebro se había cumplido. Y entonces, el cerebro dio otra orden a aquel cuerpo prácticamente muerto: llama, pide ayuda.

Roy Powers separó una mano del volante y abrió la radio. No esperó a oír nada. Era él quien tenía que hablar, no sus compañeros.

—Soy… soy Roy —jadeó—. Estoy… camino de El Pireo desde… desde Kalamakion, en… en la lancha… pequeña… Necesito ayuda… inmediatamente… Por Dios, ayudadme, ayudadme, áyud…

Capítulo Primero

—No pudimos ayudarle —dijo el agente de la CIA, que sostenía en alto el extremo de la sábana—. Cuando llegamos junto a él, ya estaba muerto.

La explicación iba dirigida a la mujer que, de pie junto al cadáver de Roy Powers, le contemplaba fijamente, prietos los labios, dura y triste a la vez la azul mirada. Una mujer de belleza tan extraordinaria que cabía preguntarse si no era un sueño. Alta, de cuerpo sugestivo y armonioso, esbelto; elegante y sobria; sus cabellos eran largos, suavemente ondulados, negrísimos, tanto que a veces tenían reflejos azulados; sus ojos, grandes, bellísimos, inteligentes, parecían dos recortes de cielo colocados en aquel rostro delicado, señorial, dulce…, pero con una barbilla de firmeza pasmosa, suavizada por aquel hoyuelo vertical que le confería una gracia picara, graciosamente maliciosa, la boquita era sonrosada, con el labio superior un poco alzado en el centro, como en una mueca de niña mimada. El conjunto, teniendo en cuenta la piel finísima y dorada como el mismísimo oro, como el mismísimo sol, era impresionante e increíble.

Para todo el mundo, aquella bellísima mujer era la famosa periodista norteamericana Brigitte Montfort. Para la CIA, era la agente N. Y. 7.117, Baby, capaz de resolver cualquier apuro en cualquier parte del mundo. Y para los agentes de la CIA, aquella mujer era el símbolo de la Victoria y la Venganza. Para todos ellos, la presencia de Baby significaba unos días de maravillosa camaradería, un triunfo seguro para la CIA… y las más grandes calamidades para quien hubiese cometido la torpeza de asesinar a un compañero, de dispararle por la espalda. Cada vez que esto sucedía, como era el caso de Roy Powers, todos los demás agentes de la CIA sabían que Baby aparecería pronto por allí. Sólo necesitaba el tiempo justo de recibir la noticia, tomar un avión o

varios, y llegar junto al cadáver del compañero asesinado, siempre con su maletín rojo estampado con florecillas azules.

Finalmente, sólo quedaba una pequeña duda: ¿cuánto tardaría en morir el asesino del agente de la CIA muerto por la espalda?

Y ésta debía ser la pregunta que se hacían los tres espías norteamericanos que contemplaban a Baby, mientras ésta, a su vez, pálida, contemplaba el rostro del Simón muerto. Para ella no era Roy Powers: era Simón. Un Simón más que había caído… Nada de nombres verdaderos, que un día podían escaparse de sus labios: Simón, eso era todo.

Sólo que cuando un Simón moría, ya no importaba saber su nombre, porque aunque ella lo delatase, nada podría ocurrirle peor que haber muerto. Y eso ya había sucedido: Simón-Roy Powers ya estaba muerto. Lívido, rígido, del color de la cera su rostro. Su carrera en el mundo del espionaje había terminado.

—Está bien —murmuró de pronto Brigitte Montfort—. Ya pueden enviarlo a casa.

La sábana descendió, ocultando el rostro de Roy Powers. Siempre igual: llegaba ella, veía el cadáver del compañero asesinado y pedía que lo enviasen «a casa». Esto es, al cementerio de la ciudad natal del agente muerto. Días más tarde, los vecinos de la localidad verían un ramo de rosas rojas sobre la tumba del recordado Mike, o Jim, o Ray, que había tenido la desgracia de fallecer de «un accidente» en el extranjero.

Mientras dos de los agentes de la CIA se disponían a llevarse el cadáver cuyo destino inicial sería Washington, Baby se sentó sobre una caja de aquel almacén de vinos y encendió un cigarrillo. Simón I, el que había ido a esperarla al aeropuerto de Atenas, seguía mirándola fijamente. Sabía que no tenía que decir nada hasta que ella le preguntase. Primero, sí, debía esperar a que Baby asimilase el amargo trago.

La vio estremecerse cuando se oyó el seco chasquido de la tapa de la caja que contenía el cadáver de Roy Powers. Pero fue sólo un instante, o quizá, simplemente, se lo pareció, porque ella siguió fumando, con mano firme, perdida la mirada. Luego, se oyó el chasquido de la puerta de la camioneta. Finalmente, el sonido del motor, que se fue alejando, alejando, alejando…

Brigitte apagó el cigarrillo y miró a Simón.

—Escucharé ahora esa explicación —dijo.

—Le diré lo que sé desde la última vez que vi a Roy. Fue a las cuatro de la tarde de, anteayer, cuando me relevó en la vigilancia; en el muelle. Tenemos una lancha pequeña, muy veloz, y nos paseamos en ella por todo El Pireo, siempre a la caza de algo interesante, especialmente desde que estalló la cuarta guerra entre los árabes y los israelitas. Roy tenía el turno de las cuatro de la tarde a las doce de la noche… No es una vigilancia rígida, siempre en la lancha, sino que de vez en cuando bajamos a, tierra, comemos algo o tomamos un trago… Es el mejor modo de moverse sin llamar la atención excesivamente. Bien, él me relevó y ésa fue la última vez que le vi, vivo. Sin embargo, me había llamado hacia las seis de la tarde, por la radio…

—¿La radio está aquí, en este almacén?

—Sí… Sí, claro.

—Habrá que trasladarla.

—Lo haremos esta misma noche. Como le decía, Roy me llamó hacia las seis de la tarde, y me dijo que había visto un grupo de árabes…

—¿Cuántos?

—No dijo la cantidad. Un grupo, simplemente. Los vio en el muelle, le llamaron la atención, y se dedicó a vigilarlos… Pura rutina, desde luego. Pero al poco, los árabes abordaron una lancha, y partieron, costa abajo. Roy se fue tras ellos y me volvió a llamar para decirme que los árabes habían desembarcado en Kalamakion… Kalamakion es una pequeña localidad a un par de millas de El Pireo, en la costa. Roy me dijo que, puesto que los árabes habían desembarcado, él iba a hacer lo mismo, que los iba a seguir… La próxima y última noticia que tuve de él fue su llamada por radio, cerca de las siete, anunciándome su regreso y pidiendo ayuda. Llamé a los otros dos, fuimos a toda prisa a la lancha grande, y zarpamos hacia Kalamakion, esto es, al encuentro de Roy… Cuando avistamos la lancha ya era casi de noche, y navegaba con el motor calado, ya muy despacio… Llegamos con el tiempo justo de ver aparecer la lancha que sin duda iba detrás de la de Roy. Al vernos, los de la otra lancha dieron la vuelta y regresaron… supongo que hacia Kalamakion. Yo salté a la lancha pequeña y encontré a Roy muerto…

—¿Ya estaba muerto? ¿No pudo decir nada?

—No. No pudo hablar, pero sí nos dejó una pista que supongo la va a satisfacer: su encendedor.

Baby asintió, con un gesto interesado.

—¿Había conseguido tomar alguna microfoto interesante?

—¿Interesante? No sé… Tomó fotos, eso es todo. ¿Quiere verlas?

—Naturalmente.

Simón sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo tendió a Brigitte, que se apresuró a sacar las fotografías que contenía. Alzó las cejas, ligeramente decepcionada, al ver que las fotografías mostraban, simplemente, una casa. Siete fotografías, en total, mostrando la casa en otros tantos ángulos visuales. Era grande, blanca, con un jardín delantero en el que se veían varios árboles que identificó en seguida: higueras.

—Bien —murmuró—. Si esta pista ya a satisfacerme debe ser porque ya han averiguado algo sobre la casa, Simón. ¿O no?

—Sabemos quién vive en ella.

—Ya. ¿Un árabe?

—No. Un turco. Su nombre es Akim Sidef.

—¿Para quién trabaja?

—Para nosotros es nuevo. Cuando nos dimos cuenta de que Roy había obtenido fotos, nos apresuramos a revelarlas. Luego, como sabíamos que había estado en Kalamakion, enviamos allá a unos cuantos… amigos, con copias de esas fotografías, para que buscasen la casa e hicieran algunas averiguaciones. Y todo lo que supimos fue eso: pertenece a un turco llamado Akim Sidef.

—¿Tienen alguna fotografía de él?

—No. Sabíamos que usted vendría…

—¿Lo sabían?

—Estábamos seguros de ello. Así que preferimos no… ahuyentar la caza. Por otra parte, pensamos que quizá usted se haría la misma pregunta que nosotros…

—¿Por qué disparar contra un hombre que se ha limitado a seguir a otros? —susurró, Baby.

—Exactamente. En estos días, todo anda muy revuelto, nos vigilamos unos a otros con cien ojos… A mí me siguen, yo sigo a otros…, y no pasa nada. Quiero decir que no pasa nada realmente lamentable. Sí, ésa es la pregunta que nos hemos hecho nosotros:

¿valía la pena matar a un hombre porque seguía a otros? Que yo sepa, esto hace muchos años que ya no se hace.

—Afortunadamente —murmuró Brigitte—. A menos, claro está, que la cosa pueda resultar muy perjudicial para los hombres que resultan seguidos, Simón. ¿Dice usted que Akim Sidef es turco…?

—Sí.

—Bien… Un turco… y unos cuantos árabes que van a verlo. No me imagino nada importante en esa entrevista. No tanto al menos, que valga la pena correr el riesgo de enfrentarse a la CIA.

—No podían saber que Roy era de la CIA.

—Desde luego —admitió Brigitte—. Y además, quizá sí fuese importante esa reunión de un turco con varios árabes… Supongo que está sometiendo a vigilancia a Akim Sidef, Simón.

—Desde luego. Mataron a Roy anteayer a las siete, nosotros teníamos las fotografías ya reveladas a las doce, y a esa misma hora, las repartimos entre esos amigos griegos que le he mencionado. Hacia las diez de la mañana, ya habían localizado la casa, y desde entonces la están vigilando. Esos amigos no son ninguna maravilla, pero nosotros tuvimos que ocuparnos de todo: avisar de la muerte de Roy, preparar el traslado… Y como nos dijeron que vendría usted, preferimos no dejarnos ver por allá.

—Está bien. ¿Qué han informado sus amigos griegos en estas veinticuatro horas?

—Nada. Tienen vigilada la casa, pero nadie ha entrado o salido de ella.

—Akim Sidef —murmuró Baby—. ¿Están seguros de que no trabaja para algún servicio secreto determinado?

—Ya le digo que para nosotros es nuevo. Conocemos a muchos agentes en Atenas y El Pireo, pero a ese Sidef, nunca lo habíamos oído nombrar. Claro que si le viésemos, quizá su cara nos resultase conocida, a fin de cuentas, pero por el nombre no podemos identificarlo. Y un nombre no es nada.

—No… No es nada, en efecto. Bien… Estoy pensando que quizá sería conveniente que usted llamase a nuestros amigos griegos por si… No. Lo mejor será que nos demos nosotros una vuelta por allí.

—¿Ahora?

Baby le miró sorprendida.

—Salvo qué tenga usted algo mejor que hacer —condicionó.

—¡Claro que no! Es que… Bueno, pensaba que quizá sería mejor esperar a Simón I y Simón III, ¿no?

—¿Para qué? No vamos a atacar, sólo a echar un vistazo. Si Akim Sidef no se ha marchado de esa casa después de que él y sus amigos árabes dispararon contra Roy Powers es porque no temen nada; deben creer que Roy murió, simplemente, y que no ha podido proporcionar ninguna pista. Por eso siguen ahí, tranquilos. Y si siguen ahí, es porque quizá esperan algo. Nosotros también esperaremos… un día o dos. Si nada ocurre, haremos lo posible por… entrevistar a Akim Sidef.

—Me pareció que usted se apresuraría a matarlo a él y a sus amigos árabes.

—Los mataré a todos —dijo fríamente Brigitte—. Pero hay algo que estoy segura complacerá muchísimo más o Roy Powers: saber que, además de ser vengada su muerte, hemos aprovechado la ocasión para terminar algo que él empezó.

Simón I sonrió levemente.

—Ya tenía entendido que usted siempre tiene razón… Lo haremos a su manera, naturalmente.

—Gracias. Dígame una cosa, Simón: ¿es usted bastante conocido por Atenas y El Pireo?

—Me parece —torció el gesto el espía— que todos los agentes secretos somos por aquí bastante, populares; entre nosotros, se entiende.

—Eso quiere decir que es muy posible que le hayan seguido a usted hasta el aeropuerto, y que le hayan visto recibirme…

—No. Ya sabe lo que pasa cuando matan a un agente secreto: los de otros servicios se apresuran a hacer mutis, desaparecen durante unos días. En parte, por temor al posible malhumor de los amigos del muerto, y en parte porque no quieren que estos amigos puedan pensar que tal o cual servicio ha sido el que ha causado la muerte del compañero. Así que, durante unos días, nos dejarán tranquilos. Especialmente, los rusos… Desde que los egipcios han lanzado ese fulminante ataque contra la península del Sinaí, vamos todos con pies de plomo. Y ya que estamos lejos del escenario de la contienda, aprovechamos para no complicarnos demasiado la vida… El nuestro, aquí, es un espionaje casero, de rutina… hasta ahora.

—Bien… De todos modos, sería mejor que no fuésemos juntos a

Kalamakion. ¿Puede conseguirme una lancha que no sea conocida por nuestros colegas?

—En estos momento, no. Pero sí puedo conseguirle un coche en dos minutos. Usted puede ir por tierra, y yo iré por mar… ¿Conoce Atenas?

—Lo suficiente para llegar a Kalamakion sin dificultades. Acepto el coche.

Capítulo II

Detuvo el coche cerca del embarcadero, y todavía tuvo que esperar unos minutos hasta que Simón llegó en lancha procedente de El Pireo. En el embarcadero lo estaba esperando un hombre, y Baby los estuvo mirando atentamente mientras conversaban. Luego, los dos se fueron hacia un coche, y la espía partió tras ellos. No hacían falta explicaciones por la radio de bolsillo para que ambos supiesen lo que tenían que hacer.

Y, en efecto, apenas tres minutos más tarde, el coche en que iban Simón y uno de sus amigos griegos pasaba por delante de una casa que Baby identificó inmediatamente: era la que aparecía en las fotografías. Por lo tanto, la casa donde se suponía permanecía muy tranquilo el turco Akim Sidef.

¿Cuánto tiempo de vida podía quedarle al turco…? Si se juzgaba por la fría mirada azul que pareció fotografiar de nuevo la casa, muy poco tiempo. Muy poco.

Trescientos metros más allá, Baby dobló una esquina, y detuvo el coche. Llamó por la radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Dígame, Baby.

—Márchense todos.

—¿Cómo? —Se oyó el respingo del espía—. ¡Pero estamos…!

—Estamos, quizá, asustando a la pieza. Le diré cómo veo yo la situación: Akim Sidef y sus amigos tienen que haber visto a sus torpes amigos griegos, con toda seguridad. Si permanecen aquí, terminarán por comprender que han, localizado a Akim. Si se marchan, después de que usted dé una vuelta a ver a los demás amigos griegos, es muy posible que Akim Sidef piense que, simplemente, han estado en Kalamakion buscando alguna pista, y que, por fin, sin haberla encontrado, regresan decepcionados a Atenas o El Pireo. A partir de ese momento, es posible que Akim

Sidef decida moverse, hacer algo… ¿No le parece factible?

—Caray —dijo Simón, tras un par de segundos de silencio—. ¡Nos iremos ahora mismo!

—No. Ahora mismo, no. Den unas cuantas vueltas, cambien impresiones, pongan cara de disgusto…, y dentro de una hora, regresen a Atenas fracasados.

—Caray y caray… ¡De acuerdo! ¿Cuándo nos veremos?

—No lo sé. Pero no hagan nada, ¿está claro?

—Sí, sí, pero… Bueno…, si se queda usted sola…

—¿Teme que también a mí me metan tres balas en la espalda?

—Pues… Bueno, usted también es de carne y hueso, ¿no?

—Digamos más bien que soy un… hueso muy difícil de roer. Vaya tranquilo. Pero, eso sí: si dentro de veinticuatro horas no ha vuelto a tener noticias mías, reúna a todos los hombres posibles, vengan a esta casa, y maten a todos sus ocupantes… *Okay*?

La voz de Baby era fría, cortante, decisiva, y Simón I supo que sólo podía contestar:

—Okay.

Baby cerró la radio, y puso de nuevo el coche en marcha, mirando su relojito. Eran las cuatro y veinte de la tarde… A las cuatro y media, detenía el coche entre un grupo de pinos, en el camino que comunicaba Kalamakion con Komnena. Dentro del coche, sin nadie a la vista, procedió a la sencilla metamorfosis, utilizando material de su maletín. Dejó de ser una bellísima morena de ojos azules para convertirse en una pelirroja de ojos oscuros. Gran contraste. También se puso un par de pequeñas almohadillas de espuma, especiales, en la boca, de modo que sus mejillas cambiaron de forma. Y unos pequeños aros en la nariz, que dilataron un poquito las fosas nasales. Con esto, la roja peluca y las lentillas de contacto, su aspecto cambió lo suficiente para que nadie pudiese relacionarla con Brigitte Montfort. Luego, le dio la vuelta a su abriguito reversible, dejando en la parte de dentro el color azul y fuera el color rojo.

Voilá!

A las cinco menos cinco, la pelirroja pasaba con el coche relativamente cerca de la casa de Akim Sidef. A las cinco y cuarto, desde muy prudente distancia, presenciaba la retirada del agente de la CIA y sus colaboradores griegos, unos en lanchas, otros en un

coche.

A las cinco y veinticinco aparecía de nuevo cerca de la casa de Akim Sidef, pero ahora a pie, caminando como quien se dedica z un agradable paseo. Pasó una sola vez por delante de la casa, dio la vuelta a la manzana, se alejó, regresó por otro lugar… Por fin, encontró el sitio conveniente para vigilar sin ser observada, dentro de un portal de una casa situada enfrente y más arriba. Allí, pareció clavar los pies en el suelo, y quedó inmóvil. Si era necesario, podía permanecer así durante todo un día. Cuando había que recurrir a la paciencia, nadie tenía más que la agente Baby.

Pero no hizo falta que su paciencia quedase demostrada. Ni tuvo que esperar todo un día.

Ni siquiera una hora, porque aún no eran las seis y media cuando apareció el hombre, a pie. El fino instinto de Brigitte la advirtió en el acto de que aquél no era un paseante corriente. Lo vio aparecer de pronto, pasar por delante de la casa mirando hacia ésta sin volver la cabeza y también mirando a su alrededor… Una sonrisita entre amable e irónica apareció en los labios de la pelirroja.

Cuando el hombre desapareció por la siguiente esquina, ella no se movió. Miró su relojito y pensó:

«Te doy cinco minutos…».

Cuatro minutos y, medio más tarde, el mismo hombre reaparecía en escena. Esta vez, por otra esquina, y caminando por la misma acera en que estaba la espía internacional. De nuevo pasó por delante de la casa, mirando con menos disimulo que antes hacia ésta. Parecía entre preocupado e indeciso. Baby lo clasificó inmediatamente como un agente de cuarta o quinta categoría, es decir, de los que, llegado un momento de apuro, se ponen tan nerviosos que ni siquiera saben dónde tienen la mano derecha y dónde la izquierda. Y esto le hizo llegar en el acto a una conclusión: aquel hombre no estaba solo, había alguien cerca de él, o en contacto con él, dirigiéndolo. Alguien que podía ser un agente de segunda categoría, o, quizá, incluso de primera. No de la categoría especial, ni mucho menos del grupo A, pero sí muy posiblemente de primera categoría.

Cuando el hombre volvió a alejarse de la casa, partió tras él. Cuatrocientos metros más allá, le vio dirigirse en línea recta hacia

un coche negro estacionado bajo unos árboles de la calle.

Sin vacilar, el hombre entró en aquel coche, por la parte del asiento contiguo al del conductor. Este asiento estaba ocupado por otro hombre, pero no podía verlo bien. El sol comenzaba a descender rápidamente, llenándolo todo de reflejos morados o rojo intenso, creando sombras. Tras brevísima vacilación, Baby se alejó hacia donde había dejado su coche. Subió a él, regresó a un punto desde el cual podía ver el, otro coche y suspiró al ver la misma escena: las manos del conductor sobre el volante, aferrándolo con naturalidad, sin crispaciones, sin tensión… Simplemente, estaba escuchando lo que le decía el otro.

Bien. Allá tenía, al volante de aquel coche, al agente de primera clase…, del cual sólo veía las manos, el brazo izquierdo, el tono marrón de un jersey de buena calidad… El agente de nervios bien templados, deportista, mundano, seguro de sí mismo… Una versión, por supuesto muy en pequeño, del sin par Número Uno.

Por fin, cuando los dos hombres debían llevar seis o siete minutos de charla, el agente de cuarta o quinta categoría se apeó, y se alejó. Brigitte no le concedió ni siquiera una mirada. Sólo estaba atenta a las manos del otro, del espía del jersey marrón. Si movía la derecha, era que iba a dar el contacto.

La mano derecha se movió, desapareció de la vista de Baby… pero reapareció a los pocos segundos, con un paquete de cigarrillos. Con hábil gesto, el hombre hizo sobresalir uno, acabó de retirarlo del paquete con los labios… Lo encendió. La mano izquierda continuaba inmóvil, tranquila, sobre el volante. Primera categoría, desde luego. Nada de nervios, nada de impaciencia, nada de movimientos inútiles… Primera categoría.

«Tanto mejor», pensó la divina espía.

A las siete, ya oscuro, encendidas las luces de Kalamakion, llegaron dos hombres al coche del agente de primera categoría. Ninguno de ellos era el anterior. Los dos pasaron al asiento de atrás, permanecieron allí unos tres minutos, salieron, y se alejaron.

Entonces, sí, el agente de primera categoría encendió las luces de posición, giró la llave de contacto y el coche se puso en marcha. Medio minuto más tarde, Brigitte sabía que estaban regresando a El Pireo. O quizá a Atenas, todavía no podía saber eso…

A El Pireo. Seguro, porque al llegar a Neón, el agente de primera

categoría no tomó la avenida hacia el norte, sino que continuó costeando. Recorrieron toda la bahía de Phaleron, llegaron en efecto a El Pireo, y finalmente el agente de primera categoría detuvo el coche ante un hotel, el Akenon, cerca de los muelles. Tenía un bonito letrero luminoso de color azul y rojo. Brigitte detuvo el coche, y esperó. No tenía la menor duda de que aquel hombre, si realmente era de primera categoría, se habría dado cuenta de que otro coche le había estado siguiendo.

Vio salir al hombre, mirar hacia el hotel, y vacilar… era alto, atlético, de aspecto muy deportivo. Sus cabellos eran muy largos. Fuerte y joven, elástico… Sí, una versión en pequeño del sin par Número Uno.

El hombre estaba vacilando visiblemente, mirando hacia la entrada del hotel. De pronto, giró hacia su derecha, y comenzó a caminar hacia el coche de Brigitte. Ésta deslizó su mano derecha entre las piernas, tocó la pistolita adherida al muslo con una ancha tira de esparadrapo color carne, y la despegó, con cuidado. Sacó la mano con la pistolita en ella, y la colocó sobre el regazo, sujetándola con sus finos deditos que parecían tallos de flor y eran, en cambio, como cables de acero.

Por fin, el nombre llegó junto al coche, se inclinó un poco hacia ella, y la contempló con ceñudo interés por el hueco de la ventanilla. Vaciló un instante antes de preguntar en ruso:

—¿Puedo servirla en algo?

Baby, que conocía perfectamente el idioma ruso, alzó las cejas con gesto de desconcierto.

—¿Perdón? —musitó en inglés.

—¿Americana? —Pareció alegrarse el otro, hablando ahora en inglés.

—Sí.

—Me ha estado usted siguiendo desde Kalamakion. ¿Quiere que conversemos de algo, señorita?

Brigitte sonrió. Sí: de primera categoría.

—Yo no tengo nada que decirle a usted, señor.

—¿No es usted de la CIA?

—¿De la qué…?

Ahora sonrió el hombre. Tenía una sonrisa muy agradable. Y ciertamente, era muy guapo. Muy moreno, de ojos grandes y

oscuros. Parecía gitano… No. No, no. La revelación llegó a Brigitte al mismo tiempo que el hombre señalaba el asiento junto a ella: era albanés.

—¿Le importa que me siente a su lado? —pidió él.

—Si le parece conveniente, sí, siéntese.

—Gracias.

El albanés rodeó el coche por delante, y fue a sentarse junto a la espía norteamericana… Sonrió de nuevo al ver la pistolita de ésta, apuntándole con firmeza muy reveladora. Luego, pareció olvidar el arma.

—¿Están ustedes vigilando a Akim Sidef? —preguntó.

—¿A quién? ¿Qué dice?

—Escuche —frunció el ceño el albanés—, o hablamos los dos en serio o me voy.

—Será si yo se lo permito, ¿no? —Movió Brigitte la pistolita significativamente.

El hombre frunció el ceño, emitió un gruñido, giró el cuerpo, y se dispuso a salir del coche…

—Estamos vigilando a Akim Sidef, en efecto —dijo entonces Brigitte.

—Empezamos a entendernos —aseguró él, acomodándose de nuevo en el asiento—. ¿CIA?

—Sí, naturalmente.

—Bien. Yo soy Haxhi Renxo, del servicio secreto de Albania… Y por favor —añadió rápidamente—, no me gaste la bromita de preguntarme si me gusta el arroz que nos envían nuestros amigos los chinos.

—¿Es que Albania y China no son muy amiguitas?

—Eso sí —encogió los hombros Haxhi Renxo.

—Ah. Entonces, es que no le gusta el arroz.

—No demasiado —sonrió él, mirándola con un poto más de interés—. ¿Cuál es su nombre?

—Mirna Flowers.

Haxhi Renxo pareció un poco decepcionado.

—Flowers… Bien, de todos modos, puesto que es de la CIA, quizá lleguemos a un acuerdo.

—¿Sobre qué? ¿Y por qué dice eso…? ¿Creyó usted que yo era determinada persona conocida, quizá?

—Pues… No, no. Es que pensé que podría ser usted la… Pero, no. Bueno, no importa. Nos entenderemos de todos modos, señorita Flowers.

—No parece muy probable eso entre el servicio secreto albanés y la CIA; pero ¿qué perdemos charlando?

—Nada, en efecto. ¿Por qué están vigilando a Sidef?

—¿Y ustedes? ¿Por qué lo vigilan ustedes?

—¿No se fía de mí?

—Es usted divertidísimo —alzó las cejas Brigitte—. ¿Por qué demonios tendría que fiarme de usted?

—Quizá porque podría ayudarla.

—¿A mí? ¿En qué?

—Bueno… Si están vigilando a Sidef tiene que ser por algo, ¿no es así?

—Indudablemente, pero, señor Renxo, si espera que le diga a usted por qué la CIA vigila a Akim Sidef, o cuáles son nuestros propósitos, o…

—Está bien, está bien. Ya veo que el gigante es demasiado orgulloso para dar explicaciones al enano.

—No me parece usted un enano, la verdad.

—Me estoy refiriendo a la CIA y a mi modesto servicio secreto.

—¡Oh! De todas formas, no será tan modesto, digo yo, si tenemos en cuenta que muchos de ustedes están siendo entrenados por sus amiguitos chinos, que de espionaje saben bastante.

—¿Está segura de que trabaja para la CIA?

—Yo, sí —rió Brigitte, quedamente—. Pero usted empieza a dudarlo, ¿verdad?

—Pues, sí… Veamos: esa cosa tan importante por la que ustedes están vigilando a Akim Sidef…, ¿qué podría ser?

—¿Pretende usted que juguemos a las adivinanzas? Lo siento mucho, pero no estoy de humor para eso. Y le diré por qué, señor Renxo: hace cuarenta y ocho horas, un compañero mío fue asesinado.

—¿Asesinado? Querrá usted decir que…

—He querido decir lo que he dicho: lo mataron de tres balazos en la espalda.

—Ah… Bueno, debió ser una muerte dulce, en cierto modo.

—¿Dulce? —Respingó Brigitte.

—Quiero decir que cuando a uno le meten tres balas en la espalda, no tiene tiempo ni de enterarse de que lo han matado, supongo. Se muere uno, y ya está. No se sufre.

—Es un punto de vista muy suyo, señor Renxo.

—Quizá. Espero que ése fuese el caso de su compañero: si murió en el acto, no sufrió.

—¿Quién ha dicho que murió en el acto?

—¿No fue así? Me ha parecido que…

—Yo no he dicho tal cosa —Brigitte estaba intuyendo que debía seguir tirando de aquel extremo del hilo—. Por el contrario, todavía vivió algunas horas…, y sufrió bastante.

—Lo siento por él —murmuró Renxo—. Pero al menos, esas horas de vida, darían un fruto para ustedes. Quiero decir que quizá pudo explicarles cosas que… Bueno, cosas útiles para la CIA, claro.

—En efecto —mintió Brigitte, que de ninguna manera quería perderse una posible revelación—. Mi compañero dijo cosas muy útiles. Había estado… merodeando por la casa de Akim Sidef, y la información que consiguió valía la pena.

—Bien… Por lo que dice, aunque no quiere usted decirlo con la claridad que yo desearía, tengo que creer que está al corriente del asunto de Akim Sidef.

—Pero quizá usted sepa más cosas que yo. ¿Qué es lo que sabe usted?

—Me parece —gruñó Renxo— que ambos sabemos más o menos lo mismo: lo de la bomba.

Brigitte estuvo a punto de respingar, pero se dominó perfectamente, e incluso consiguió una sonrisilla de desconfianza muy convincente, que sugería que sabía mucho más de lo que decía.

—¿Qué bomba? —preguntó.

—Oh, vamos… Yo no sé cómo pudieron encontrar la pista de Sidef, pero evidentemente, la CIA está al corriente de que él está esperando una bomba atómica procedente de Albania.

—Ah… ¿De Albania? No sabía que ustedes tuviesen bombas atómicas…

—Usted sabe muy bien, puesto que trabaja para la CIA, que Albania ha construido varios silos secretos donde guarda algunas bombas atómicas fabricadas en China. ¿O no lo sabía?

Brigitte Montfort estaba lívida.

—Soy una agente de escasa importancia, señor Renxo… Le aseguro qué algunas informaciones no me son facilitadas expresamente por la dirección. Gracias por su informe.

—¿Qué importa mi informe? La CIA sabe muy bien esto, así que el hecho de que lo sepa usted personalmente, en nada perjudica a Albania o a China.

—Hablemos de la bomba de Akim Sidef. ¿Debo entender que Albania le ha enviado una bomba atómica a ese turco?

—¡Pero qué demonios dice usted! —Casi gritó Renxo.

—¿Yo? Ha sido usted quien ha dicho que Sidef está esperando una bomba atómica procedente de Albania… ¿O no lo ha dicho?

—Sí… Sí, es cierto… Perdóneme. Mire, señorita Flowers, esta parte es precisamente la que quiero que quede bien clara: Albania no tiene nada que ver con esa bomba, ni con el destino que se le dé, sea el que fuere…

—No creo que una bomba sirva para hacer helados para los niños —replicó secamente Brigitte—. Que yo sepa, las bombas sólo sirven para una cosa.

—Calmémonos los dos —suplicó Renxo.

—Yo estoy, cuando menos, serena. Pero sigo entendiendo que Akim Sidef está esperando una bomba procedente de Albania. ¿Cómo explica usted eso?

—Se lo voy a explicar, porque espero ayuda de parte de la CIA. Mire, señorita Flowers, si esa bomba llegase a estallar, las cosas se complicarían tanto que… Es mejor que no pensemos en ello. Y vayamos a lo que interesa: ¿la CIA me ayudaría a mí y a mis compañeros a recuperar esa bomba o, al menos, a hundirla en el fondo del Mediterráneo?

—La segunda sugerencia merece todas mis simpatías.

—De acuerdo. Lo mismo da… Para Albania sería mejor recuperarla, porque de otro modo, en la siguiente inspección, los técnicos chinos se darán cuenta de que falta esa bomba en el silo de… En uno de los silos. No sé qué pasará entonces, no sé cómo reaccionará China cuando sepa que no hemos podido… guardar sus bombas atómicas, pero, pase lo que pase, supongo que no será tan malo como si esa bomba llegase a explotar…

—Quizá ustedes puedan arreglárselas sin la amistad de China —susurró Brigitte—. Pero, ciertamente, muchos miles de personas no

se las podrían arreglar de ninguna manera si esa bomba llegase a estallar. ¿Dice usted que no han… sabido guardar las bombas?

—Bueno… Sí hemos sabido, pero… Maldita sea, ¿cómo se va a luchar con el enemigo del exterior si tenemos traidores dentro de casa?

—Ustedes tienen en el exterior solamente los enemigos que ustedes quieren tener. En cuanto a los traidores en casa…, ¿qué ha querido decir? ¿Unos traidores les escamotearon nada menos que una bomba atómica?

—Así ocurrió, en efecto.

—Bien… No parece un… objeto fácil de esconder en un bolsillo, creo yo. ¿Cuál es el tamaño de la bomba en cuestión?

—¿No se lo dijo su compañero antes de morir?

—Me parece que no se enteró de tantos detalles —siguió mintiendo Brigitte, dispuesta a seguir sonsacando la información que comenzaba a aclarar el asunto de Akim Sidef—. Ya hizo suficiente el pobre muchacho con advertirnos de que llegaría una bomba… ¿Cuál es su tamaño?

—Dieciséis pies… Cinco metros.

—¿Y les han robado… ese juguete?

—Por secciones.

—¿Por secciones? Escuche, señor Renxo, yo estoy dispuesta a conseguirle a usted toda la ayuda que precise para localizar esa bomba y tirarla al fondo del mar, pero quiero información concreta y completa. Si no es así, no le necesito para nada, puedo seguir trabajando como hasta ahora, por mi cuenta. Es decir, que o me explica usted bien todo el asunto o separémonos ahora mismo. Le diré lo que yo sé ya: Akim Sidef está esperando una bomba atómica, pero no sabemos por dónde ni cuándo. Si usted y yo llegamos a un acuerdo, mejor para todos. Si no es así, es muy posible que esta misma noche la CIA tome decisiones drásticas, haciéndole una visita… de cortesía a ese turco. Usted me entiende.

—Sí… La entiendo. Pero no puedo decirle cómo ni cuándo llegará la bomba. Lo único que sabemos es que ha partido ya de Albania, y que viaja en tres secciones, y que el destinatario es Akim Sidef.

—¿Cómo consiguieron esa información parcial?

—Atrapamos a dos de los traidores. Pensamos… que ha sido una

operación muy bien planeada, por grupos. El robo de las tres secciones de la bomba ha sido realizado por tres grupos, cada uno de los cuales estaba desconectado del otro, no sabían nada de los demás, ¿me comprende?

—Desde luego. Pero al menos, puesto que han atrapado a uno de los grupos, deben saber qué ruta está recorriendo la sección de la bomba que ellos escamotearon.

—No. Sólo sabían quién era el destinatario. En cuanto a cada sección de la bomba, al parecer cada grupo tenía orden de llevarla a determinado lugar de la costa, dejarla allí, y eso era todo. Por supuesto, sólo hemos sabido uno de esos tres puntos de la costa, y hemos estado allí, pero la sección de la bomba ya no está… Por tierra, mar o aire se está acercando aquí, a Grecia…, a Akim Sidef.

—¿Y para qué quiere Akim Sidef una bomba?

—No lo sabemos. Mis hombres y yo llegamos ayer a Grecia, y nos trasladamos en seguida a Kalamakion. Allí, nos dimos cuenta de que la casa de Akim Sidef ya estaba vigilada, así que decidimos esperar. Bueno —bajó la mirada Renxo, mohíno—, la verdad es que no sabíamos qué hacer. Es decir, sí sé lo que quiero hacer, pero no me parecía el momento oportuno…

—¿Qué es lo que quiere usted hacer, concretamente?

—Atrapar a Akim Sidef, obligarle a decirme por dónde y cuándo van a llegar las tres secciones de la bomba y recuperarla… o tirarla al fondo del mar. Simultáneamente, conseguir que Sidef me dé los nombres de los traidores que todavía no hemos localizado en Albania.

—Y saber qué pensaba hacer con la bomba atómica, ¿no?

—Pues… a decir verdad, eso me tiene sin cuidado, siempre y cuando recuperemos la bomba. Lo cual significaría, claro está; que no podría realizar sus planes. Mire, si sus compañeros no hubiesen estado vigilando a Sidef, nosotros ya habríamos hecho algo… y sin necesidad de ayuda. Pero, puesto que la CIA ha intervenido no sé cómo, yo sería un necio si, además de las preocupaciones que tengo, me complicase la vida luchando contra ustedes. Lo único que quiero es esa bomba, y no me importa colaborar con la CIA, la MVD, o el mismísimo demonio… No sé si me explico, señorita Flowers.

—Se explica usted muy bien. Y puesto que los dos grupos que vigilamos a Akim Sidef estamos de acuerdo, quizá sería conveniente

no esperar más… ¿No le parece?

—Pues no sé… Quizá, a fin de cuenta, si esperamos aparezcan algunos amigos de él… No parece factible que esté trabajando solo en una cosa tan importante.

—Tiene amigos: unos cuantos árabes.

Haxhi Renxo la miró vivamente.

—¿Unos árabes? ¿Los conoce usted?

—No. Pero sé que existen… Mi compañero habló de ellos.

—Ah… Bueno, es una lástima no conocerlos, porque podríamos…

—Lo lamento. Todo lo que sabemos es que era un grupo de árabes, pero no cuántos, ni de dónde procedían exactamente. Precisamente esos árabes condujeron a mi compañero a la casa de Akim Sidef.

—¿Y su compañero no los fotografió? —se sorprendió el albanés.

—Pues no —Baby parpadeó, desconcertada un instante—. Bueno, supongo que al principio no les dio importancia. Además, hay muchos árabes por aquí estos días… Los vigiló, fotografió la casa de Akim Sidef, además de conseguir la información, pero, cuando ya sentía interés por los árabes, supongo que lo sorprendieron, y no estaba en disposición de tomar fotografías.

—Claro… Vaya, unos árabes… ¿Podrían ser ellos los que quisieran comprarle la bomba atómica a Akim Sidef, en definitiva?

—¿Para qué? Egipto tiene misiles que están apuntando hacia Israel hace días. ¿Por qué habían de comprar una sola bomba atómica robada por unos traidores en Albania?

—Pero si intervienen algunos árabes…

—Esos árabes pueden estar sirviendo los propósitos de cualquier otro país, e incluso, propósitos particulares.

—¿Particulares? ¿Qué quiere decir?

—Pues… No sé. Objetivos ajenos a la causa árabe.

—¿Objetivos particulares… con una bomba atómica? —La miraba incrédulamente Renxo.

—¿Por qué no?

—Pues… Bien, no sé. Ni quiero complicarme la vida. Sólo quiero recuperar esas tres secciones, para…

—Para echarlas al fondo del mar —recordó Brigitte.

—Sí… Claro, las hundiremos. No sé qué dirán en Pekín…

—De acuerdo, de acuerdo. Dígame: ¿de cuántos hombres dispone?

—Cuatro. Bueno, cuatro cerca de mí, pero en un momento, dado, puedo reunir a treinta en menos de una hora.

—Ah, ah, ah, eso está mejor. No habría podido creer que cinco hombres saliesen en busca de una bomba atómica que está viajando en tres secciones. Bien… Treinta hombres. No está mal. ¿Todos armados?

—Naturalmente. ¿Y usted? ¿Cuántos puede reunir?

—Sesenta o setenta en menos de una hora —mintió Brigitte.

—¿Se da cuenta? El gigante y el enano… Bien, es un poco extraña esta… alianza nuestra, ¿no le parece? Pero, puesto que existe, quizá deberíamos tomar decisiones… de común acuerdo. ¿Qué sugiere usted?

—¿Cuánto hace que fue robada esa bomba?

—Seis días.

—¿Seis días? ¡Han tenido tiempo sobrado para trasladarla incluso hasta El Cairo!

—El destinatario es Akim Sidef.

—Sí, sí, pero… ¡seis días! Esas tres secciones ya deberían estar aquí, ya debería haberlas recibido Akim Sidef… ¿Cómo es posible que no hayan llegado? ¿O sí han llegado?

—No lo sé —parpadeó Renxo, perplejo—. Pero, ya que usted lo dice, pues… sí, sí, creo que han tenido tiempo de sobra para llegar a Atenas… ¿Quizá Akim Sidef las ha recibido ya hace días y las tiene en la casa…?

—No diga tonterías, Renxo. Seis días… ¿Y si los engañaron a ustedes? ¿Y si les dijeron que el destinatario era Akim Sidef y es otra persona o personas, muy lejos de Atenas?

—No —palideció el albanés—. No, no…

—¿Por qué no? Si hicieron eso, ustedes y nosotros estamos perdiendo el tiempo…, mientras una bomba atómica en tres secciones está… quién sabe dónde; quizá, ya ensamblada, quizá lista para ser disparada… ¡Dios bendito!

—Sea lo que fuere —se tensó la voz de Haxhi Renxo—, pienso que Akim Sidef tiene que saber algo de esto. Y tal como usted ha expuesto las cosas…, ¿qué estamos esperando?

—No sé si le entiendo.

—Pues está bien claro: reunamos a todos nuestros compañeros y lancemos un ataque a la casa de…

—Supongo que está bromeando.

—¿Bromeando? ¡Claro que no! ¡Cuanto antes consigamos llegar hasta Akim Sidef, antes conseguiremos saber lo que verdaderamente está ocurriendo!

—Puede que ése sea su sistema —dijo fríamente Brigitte—, pero no el mío, colega.

—Oiga, nuestro objetivo es recuperar una bomba atómica, no lo olvide. ¡No es momento para andarse con tonterías, señorita Flowers!

—¿A usted le parece que no es una tontería lanzar un ataque de cien hombres contra una casa, en un lugar habitado?

—Bueno, era un modo de expresar una acción que sifinificaría tomar esa casa… No se trata de enviar a cien hombres disparando, sino de…

—Yo puedo hacer una sugerencia mejor que cualquiera de las de usted —sonrió Baby—. Y que conste que no pretendo molestarlo ni humillarlo: sólo, hacer las cosas del modo más conveniente posible…

Capítulo III

Hacia las nueve y media de la noche, Akim Sidef estaba contemplando la fotografía que uno de los tres hombres que ocupaban la casa con él acababa de entregarle. Sentado en el sofá de la sala de estar, delante de la televisión encendida, olvidó inmediatamente el programa que había, estado viendo con indiferencia, al recibir de manos de su cómplice aquella fotografía.

Era una fotografía muy simple: mostraba la casa en la que él se hallaba.

—¿Dices que la ha traído una mujer? —susurró por fin, alzando la mirada.

—Sí. Kolka y Alham están con ella en el recibidor. Iba armada —mostró la pequeña pistolita de cachas de madreperla—, pero no ha tenido inconveniente en entregarnos la pistola.

—¿No lleva más armas?

—No. Sólo un maletín, que hemos registrado muy bien. Parece rusa, pero habla muy bien el inglés… Quizá sea americana.

El oscuro rostro del bigotudo, rollizo, casi adiposo Akim Sidef, palideció ligeramente.

—Traedla aquí.

Segundos después Akim podía contemplar a sus anchas a la mujer pelirroja de ojos oscuros que había llevado la fotografía… La miró largamente, con los negros ojos entornados, valorando con mucha exactitud la esplendidez de aquel cuerpo femenino. Ella también le miraba a él con gran atención, y Sidef supo, en seguida, que por muy femenina que fuese su visitante, por muy hermosa, tenía que mostrarse muy cauto, muy precavido con ella. Era muy, muy, muy peligrosa, a juzgar por la dura y fría mirada que sostenía la suya.

—¿Quién es usted? —preguntó en inglés.

—No he venido aquí a contarle mi vida, sino a hacerle una

oferta, Sidef.

El tono de ella era seco, desabrido, incluso orgulloso.

—¿Qué oferta? —entornó aún más los ojos el turco.

—Cien mil dólares americanos a cambio de la bomba atómica que está esperando procedente de Albania.

—Usted está loca —palideció aún más Akim.

Mima Flowers sonrió despectivamente.

—¿Le parece una oferta baja? De acuerdo, la aumentaré: doscientos mil dólares por esa bomba… y por los nombres de los árabes que lo están usando a usted como intermediario.

Akim suspiró profundamente, y dijo, con voz apenas audible:

—Matadla.

La pelirroja habló rápidamente, adelantándose al gesto de los tres hombres moviendo la pistola…

—Hay cuarenta hombres rodeando esta casa —advirtió fríamente—. En mi maletín llevo una radio camuflada en un paquete de cigarrillos, y si no la he utilizado antes de tres minutos y medio para decir que todo va bien, la dejarán convertida en cenizas… con ustedes dentro, naturalmente.

Los tres turcos que se disponían a disparar contra la pelirroja miraron vivamente a su jefe, lívidos. Aunque no más lívidos que el propio Akim Sidef.

—Está mintiendo —dijo éste.

—Si cree que soy una imbécil, allá usted.

—Puede que no sea una imbécil, pero sí es una suicida.

—Cuando juego, lo arriesgo todo. Como el compañero que ustedes asesinaron hace dos días…

—¡Te lo dije! —exclamó el turco que le había pasado la fotografía a Sidef—. ¡No murió en seguida, Akim! ¡Debimos marcharnos de esta casa inmediatamente después de aquello, te lo dije…!

Akim miró con hostilidad a Atuk.

—Todo esto no estaría ocurriendo si vosotros tres hubieseis disparado mejor…, y hubieseis vigilado mejor mientras yo tenía la conferencia con los árabes.

—¡Estábamos vigilando bien, pero él apareció de pronto, lo vimos cuando ya debía haber estado muy cerca de la casa! Entonces le disparamos los tres, y ya te dijimos que le habíamos acertado…

Incluso cayó al suelo en seguida, pero se levantó, y corrió… Jamás había visto a nadie correr así… Luego, lo recogieron en el mar otros hombres que salieron a su encuentro, ya era de noche… Nos pareció mejor volver aquí, advertirte de que quizá estaba vivo y que…

—Me parece —cortó Mima Flowers, que había mirado detenidamente uno tras otro a los tres turcos, con una frialdad escalofriante— que los imbéciles son ustedes: están dejando que pasen los minutos, y cuando pasen cinco desde que me separé de mis compañeros; esta casa será arrasada. Por imbéciles que sean, preferirán doscientos mil dólares a eso, ¿no?

—Akim —intervino Kolka—, ya te dijimos que no debíamos obedecer aquella orden de quedamos en esta casa, y que era mejor marcharse y dirigir la operación desde otro sitio…

—¿Les ordenaron quedarse en esta casa después de que mi compañero estuvo por aquí? —preguntó incrédulamente Mima.

—¡Usted cállese! —gritó violentamente Kolka—. Akim, hay que…

—Cállate tú también —cortó Sidef—. Estoy seguro de que ella está mintiendo. O, al menos, de que Tío atacarán mientras la tengamos a nuestra disposición…

Mima Flowers miró su relojito, y sonrió de nuevo, con absoluto desprecio.

—Me parece que sólo falta algo más de un minuto —dijo.

—Id a mirar —ordenó Akim—. Si hay cuarenta hombres, no pueden estar todos tan ocultos que no los veamos. Echad un vistazo. No, tú no, Atuk. Quédate. Y no la pierdas de vista.

Mientras decía esto, Akim Sidef se había puesto en pie, acercándose a la pelirroja. Le quitó el maletín con un gesto violento, lo colocó sobre una mesita, y lo abrió. En seguida vio el paquete de cigarrillos, desde luego. Mirna Flowers, que le miraba después de ver salir de la sala a Kolka y Alham, dijo:

—Funciona tirando hacia arriba del cigarrillo que se ve más hacia el centro del paquete.

Akim se pasó la lengua por los labios, y tiró de aquel cigarrillo. Inmediatamente, del paquete brotó una voz de hombre, en inglés:

—¿Sí, Baby? ¿Todo bien?

Atuk respingó, fija la mirada en aquel momento en el paquete de cigarrillos… Y eso fue lo último que vio en su vida. La pelirroja

Mirna Flowers se desplazó hacia él en un gesto giratorio, como en un circular paso de danza, y, con toda la fuerza de este giro y la propia de su brazo, la mano derecha llegó, cerrada fuertemente, a su barbilla, en un impecable golpe de karate: los nudillos de los dedos índice y corazón consiguieron el impacto exacto, rompiendo no sólo la barbilla, sino, de reflejo, la base del cráneo del turco, que salió disparado, de espaldas, muerto en el acto…

Y todavía estaba en el aire Atuk, cuando la señorita Flowers, con otro elegantísimo movimiento se desplazaba hacia Sidef, que había soltado la radio y se disponía a sacar su propia pistola a toda prisa.

Era muy lento comparado con aquella máquina de lucha: la pelirroja llegó cuando él sacaba la pistola, le desvió el brazo derecho con un golpe en la muñeca que casi partió el hueso, y de nuevo, su mano derecha golpeó. Esta vez, con menos potencia, con más cálculo. El tremendo *ura tsuki* dio de lleno, desde cortísima distancia, en pleno estómago de Akim Sidef, que quedó como petrificado, desorbitados los ojos, blanco el rostro como la leche… Mirna Flowers se limitó a empujarlo con un dedo, y el turco cayó de espaldas, rígido como, si fuese una estaca.

En el paquete de cigarrillos resonaba, metalizada, la voz excitada del mismo hombre, llamando a la tal Baby. Pero la señorita Flowers no hizo el menor caso. Recogió rápidamente la pistola de Akim Sidef, se volvió hacia la puerta de la sala, y alzó la mano armada.

Se quedó así, inmóvil, fijos los ojos en la entrada. Ya había matado a uno de los asesinos de Simón: quedaban todavía dos. Y aunque fuese lo último que hiciese en su vida…

Alham y Kolka aparecieron de pronto, a toda prisa, pero ella ya había oído sus pasos precipitados. Llegaron juntos, tensas sus facciones, abiertas las bocas…

—Akim, no hemos visto…

La agente Baby sólo tuvo que apretar el gatillo, y la bala dio en la frente de Alham, empujándolo fuera de la sala. Luego, movió un poco la mano, y volvió a apretar el gatillo.

Plop.

La segunda bala acertó a Kolka, también en el centro de la frente, cuando el turco crispaba ya su dedo sobre el gatillo de la pistola que empuñaba. No llegó a disparar. Como su compañero,

saltó hacia atrás, ya muerto, y eso fue todo.

La espía más peligrosa del mundo permaneció así todavía unos segundos, con el brazo derecho horizontal, completamente extendido. Luego, dejó caer la pistola, fue a la mesita, y tomó la radio.

—Simón, todo está bien: pueden venir.

—¿Qué ha…?

Baby cerró la radio, la guardó en el maletín y salió de la sala, para abrir la puerta de la casa. Hecho esto, regresó y se sentó en el sofá, fija la mirada en Akim Sidef.

Así la encontraron Simón I y Haxhi Renxo. El primero estaba todavía un poco alterado. El segundo, además; parecía impresionado y sorprendido. Entró volviendo la cabeza para seguir, mirando los dos cadáveres sobre los cuales pasaron; luego miró a Atuk, a Akim Sidef…

—Este es Akim Sidef —señaló—. Está vivo.

—Peor para él —vaticinó Simón.

Y tenía toda la razón del mundo.

* * *

Cuando Akim Sidef recuperó el conocimiento, estaba atado a un sillón tan sólidamente como si formase parte del mueble, por medio de trozos de cuerda y tiras de sábana. Pero todavía tardó unos segundos en darse cuenta de esto, porque lo p rimero que vio fue a la pelirroja, sentada delante de él en el sofá, fumando, mirándolo con una inexpresividad más inquietante que cualquier gesto amenazador.

Akim movió la cabeza, desviando su mirada de la de ella, que le parecía un chorro de hielo. En el suelo, ahora juntos, los tres boca arriba, estaban sus compañeros, y supo en el acto que estaban muertos. Entonces, volvió a mirar a la mujer de los cabellos rojos, estremeciéndose.

En la sala aparecieron tres hombres, corriendo, pistola en mano y mirando a todas partes. Pero en seguida comprendieron la escena, y se tranquilizaron. Uno de ellos se acercó a la pelirroja, y asintió con la cabeza.

—Sí, hay una radio —dijo.

—Muy normal. ¿Dónde está el albanés?

—Se ha quedado examinándola. Dice…

—Vaya uno de ustedes con él. Que no intente llamar por ella… Y no lo pierdan de vista.

—¿Empezamos con él? —preguntó.

Hizo un gesto de espera, y volvió a sentarse, cruzando sus bellísimas piernas, fija su mirada en el turco.

—Señor Sidef —dijo con voz neutra, inexpresiva—, no soy una agente cualquiera de la CIA, sino Baby… ¿Ha oído hablar de mí?

El turco tragó saliva, y asintió con la cabeza.

—Eso quizá facilite las cosas —siguió la divina espía—. Por el momento, me siento un poco más… satisfecha de cómo va este asunto, ya que, apenas llegada a Grecia, he vengado a mi Simón… ¿Sabe a quién me refiero?

—No… No.

—Al hombre que sus tres amigos mataron de tres balazos en la espalda. Se llamaba Roy Powers, pero para mí era, simplemente, Simón. Todos los agentes de la CIA se llaman Simón, para mí. Pero esta… deshumanización aparente al otorgarles a todos el mismo nombre, ya no engaña a nadie: quien mata a un Simón, jamás tendrá mi perdón… ¿Nunca había oído esto?

—No.

—A partir de ahora podrá decir que sí. Vea —señaló los tres cadáveres— a cada uno de estos hombres, su disparo contra la espalda de mi Simón le ha costado la vida. Pero, como entiendo, que usted no disparó porque estaba dentro de la casa con algunos árabes, tiene alguna posibilidad de salvar el pellejo. Ahora, puesto que usted ya sabe quién soy yo, le voy a conceder un minuto para que medite sobre mi oferta…, que por cierto ya no es de dinero, pues ya ve que la situación ha cambiado. ¿Va captando la idea?

—¿Cuál es su oferta… ahora?

—Hablemos de esa bomba atómica que, al parecer, está en camino hacia aquí…, o hacia otro lugar que usted conoce. Dígame todo lo que sepa sobre esa bomba, y si, debido a su información, yo consigo mis propósitos, es posible que le deje marchar… Digamos que tendrá usted un noventa por ciento de posibilidades de salir con vida de esté pequeño apuro. La otra alternativa que se le ofrece es negarse a facilitarme información, pero no le aconsejo que la elija…

De verdad, no se lo aconsejo. Tiene usted un minuto para meditar.

Akim Sidef volvió a tragar saliva, y se quedó mirando fijamente a la pelirroja, como calculando cuánto de malo podía esperar de ella… Y todavía debía estar sumido en estos cálculos cuando el agente de la CIA reapareció en la sala, acompañado de Haxhi Renxo, que parecía un tanto entusiasmado.

—Es de largo alcance —dijo el albanés—. Y desde luego, está en perfecto estado.

—Supongo que no ha intentado llamar —frunció el ceño la señorita Flowers.

—¡Claro que no! ¿Ha conseguido que él diga algo?

Se quedó mirando a Akim mientras Baby, sonriendo, contestaba:

—Está meditando sobre la conveniencia de hacerlo. ¿Cree que esa radio tiene alcance suficiente para comunicar con Albania, Renxo?

—Hum… ¿Con Albania? Y mucho más lejos. De aquí a la frontera de mi país deben haber unos cuatrocientos kilómetros, y alrededor de quinientos cincuenta hasta Tirana… ¡Ya lo creo que alcanza!

—Entonces, ya no podemos dudar que Akim Sidef recibía las órdenes directamente desde Albania… ¿Es así, señor Sidef? —Lo miró de pronto—. Desde cualquier lugar de Albania le avisaron a usted la llegada del grupo de árabes que llamaron la atención de mi Simón en El Pireo… Supongo que ellos llegaron a Atenas en avión, luego se desplazaron a El Pireo, y allá tomaron una lancha que les estaba esperando para traerlos a esta casa de Kalamakion. ¿Correcto? Yo creo que sí, de modo que extenderé la pregunta: ¿quiénes son esos árabes y de dónde procedían cuando llegaron a Grecia? ¿Cuál es exactamente la nacionalidad de esos hombres y cuántos son?

Akim Sidef apretó los labios, mientras suspiraba profundamente. Al parecer, había meditado, pero la decisión tomada no era inteligente, ni mucho menos.

—¿No quiere usted contestar a mis preguntas? —se sorprendió en verdad Baby—. Vamos, vamos, sea sensato, Akim… Por poca experiencia que tenga usted en estas cuestiones tiene que comprender que nosotros estamos dispuestos a todo…, y en estas condiciones, ni usted ni nadie podría permanecer callado. Piénselo

mejor.

Pero, evidentemente, Akim Sidef no parecía dispuesto a pensarlo mejor. Permaneció en silencio, pálido, prietos los labios. Baby se rascó graciosamente una sien, como sumida en la más grande perplejidad, incrédula. Por fin, encogió los hombros, miró a Simón I y le señaló una de las sillas que había en un rincón. El agente de la CIA no comprendió, de momento. Luego, sonrió duramente, cogió la silla, se acercó a Akim Sidef…, y le golpeó con ella, con fuerza, alcanzándole de lleno en el rostro, pecho y vientre. El turco lanzó un alarido, se crispó, y perdió el conocimiento, mientras la silla saltaba en varias piezas.

—Despiértenlo —dijo Baby.

Akim Sidef fue despertado por el desagradable procedimiento de llenarle la cara de bofetadas. Respingando, movió la cabeza de un lado a otro, intentando escapar a aquel castigo, pero no lo consiguió por sí mismo, sino que dejó de recibir golpes cuando de nuevo sonó la voz de aquella mujer:

—Ya está bien. Y vayan a limpiarse ésas manos.

Simón I y Simón II las miraron, manchadas de la sangre que brotaba de las heridas que la silla había causado en la cabeza del turco. El cual, comenzaba a sentir un horrible dolor en el hombro derecho, y en las costillas flotantes del mismo lado… Por lo menos debía tener rota la clavícula y algunas costillas…

Sus ojos se desorbitaron Cuando Baby se colocó ante él blandiendo una pata de la silla rota.

—Le voy a romper las piernas y las manos, Akim. Y cuando estén rotas, se las retorceré… ¿Alguna vez le han hecho eso?

Empapado en frío sudor, el turco no podía reaccionar. Parecía incapaz de apartar su mirada de aquella mujer. Ella frunció el ceño, alzó la pata de la silla…

—¡No! —gritó Akim—. ¡No, no, no, les diré lo que quieran, se lo diré…!

Baby movió pesarosamente la cabeza.

—¿Lo ve, hombre? Podía haberse ahorrado el silletazo… En fin, allá usted —dejó la pata de la silla, y volvió a sentarse—. Volvamos a empezar: ¿quiénes son esos árabes, cuántos son exactamente y de dónde procedían?

—Eran cinco…, pero no sé sus nombres, ni de dónde

procedían… ¡No lo sé, lo juro!

—No se ponga nervioso. Veamos… Ellos sí sabían quién era usted, ¿no? Y vinieron expresamente a Atenas a verle, ¿cierto?

—Sí… Sí.

—Bien. Y…, ¿quién es usted? Mejor dicho: ¿qué es? ¿Qué clase de trabajo ha estado haciendo hasta ahora y para quién?

—Yo… estuve trabajando en… en una de las bases de proyectiles qué Estados Unidos tenía en Turquía… Cuando fueron retirados, me encontré… sin trabajo, y me dediqué a… a pequeñas cosas que iban saliendo…

—Ya. Diga, Akim: se ve usted capaz de… manipular una bomba atómica, ¿no es cierto?

—¿De manipular su interior? —Abrió mucho los ojos Akim.

—Sí, claro.

—No… ¡Por supuesto que no!

—Sin embargo, a usted le están enviando una bomba atómica, en tres secciones. Y alguien debe unir esas tres secciones para que la bomba cumpla su cometido… ¿Ese alguien no tenía que ser usted?

—Sí… Sí, pe… pero… las tres secciones vienen ya preparadas, sólo hay que… que soldarlas.

—Y disparar la bomba, ¿no? ¿Qué clase de bomba es? ¿Cómo la dispararían y contra qué objetivo?

—Todavía… todavía no sé el objetivo…

—Pero sí debe saber qué clase de bomba es y cómo se puede disparar, puesto que usted sería el encargado de ello, ¿no?

—Sí… Sí, sí.

—Me parece que estamos complicando un poco su amable información. Empiece desde el principio, y cuéntelo a su manera, sin tartamudear, sin ponerse nervioso. Sea coherente, por favor. Por el principio: alguien se acercó a usted y le ofreció…

—Sí… Fue un árabe. Me dijo que me conocían bien, y que sabían a qué me dedicaba… Todo eso. Luego, me ofreció doscientos cincuenta mil dólares por el trabajo. Me proporcionaron esta casa y una emisora de radio, por medio de la cual me daban las órdenes…

—En tal caso…, ¿por qué vinieron aquí esos cinco árabes?

—No quisieron mencionar la bomba por la radio, temiendo que alguien pudiese captar la onda, enterarse… Vinieron a decirme que muy pronto se me avisaría de que iba a llegar el envío, y la fecha y

procedimiento exactos. Yo debía atender la llegada del material. Una vez recibido, debía llamar por la radio, y entonces me dirían adonde tenía que llevarlo.

—O sea, que aún no sabe eso.

—No.

—¿Ni sabe cuándo van a llegar las tres secciones de la bomba?

—No… Estaba esperando.

—Estaba esperando… en esta casa. Y eso, después de que supo que un hombre había estado por aquí, que había escapado herido. ¿No le parece absurdo? Debió escapar con la emisora, tal como le sugirieron sus amigos. ¿Por qué no escapó?

—Llamé por la radio, y me dijeron que me darían una respuesta al cabo de una hora. Una hora después, me llamaron, y me dijeron que no debía moverme de aquí, que no me preocupase por nada, que sólo tenía que esperar. Esas fueron las órdenes, y las obedecí.

—¿Dónde está la persona con quien se comunica usted?

—No lo sé.

—¿No la conoce?

—No. Además, no es siempre el mismo hombre. Me hablan en inglés, me dan instrucciones y eso es todo.

—En definitiva: ¿a quién conoce usted relacionado con la bomba?

—Al árabe que me contrató, y al cual no he vuelto a ver. Y a los cinco que vinieron a verme hace dos días. Excepto lo que hablé con uno y otros personalmente, todas las demás instrucciones las he recibido por la radio.

—¿No sabe si le llaman desde Albania?

—No.

—Pero sí debe saber que la bomba procede de Albania, ¿no?

—No. La primera noticia al respecto la tuve cuando usted mencionó ese país. Sólo sé que me llegarán esas tres secciones, que debo estar preparado para ensamblarlas, y luego disparar la bomba contra el objetivo que se me asignará… No sabía nada de Albania, creí que era cosa exclusivamente de los árabes. Aunque…

—¿Sí?

—Bueno… En realidad, sí, yo había pensado que la bomba procedía de Albania.

—¿Por qué? —intervino Haxhi Renxo—. ¿Por qué tenía que

pensar usted semejante cosa?

—Pues... Bueno, pensé en los países que podían disponer de bombas atómicas, y en cuál de ellos podía estar esa bomba... No me parece factible que Francia o Inglaterra, por ejemplo, vendan una bomba atómica. En cambio, en Albania, donde tengo entendido que hay silos para bombas chinas, podía... ocurrir algo más o menos extraño que diese lugar a que una bomba... desapareciese, de allí. Se lo pregunté a los árabes que estuvieron aquí anteayer...

—¿Y ellos le dijeron que sí, que la bomba llegaba de Albania? —masculló Renxo.

—Dijeron que no. Pero yo comprendí que sí, y ellos comprendieron que no me engañaban. De todos modos, no quise insistir... A mí me parece que sacar una bomba de un país no es cosa fácil, pero me guardé mi curiosidad... ¿Es usted albanés?

—Váyase al demonio —farfulló Haxhi Renxo.

—¿No sería mejor que antes le preguntase usted los nombres de los traidores albaneses, Renxo? —sugirió Baby, sonriendo.

—Ya ha dicho que sólo conoce a seis árabes... ¿Para qué perder el tiempo con él?

—Es cierto —admitió la espía, alzando las cejas, como sorprendida—. Es cierto. Dígame, Akim: ¿no conoce usted a nadie de Albania?

—A nadie.

—Está bien —murmuró tras aquellos minutos de profunda reflexión—. Puesto que está esperando instrucciones, esperaremos todos. Y cuando las reciba, Sidef, espero que sabrá cumplir las instrucciones que voy a darle...

—Pero... estoy muy mal, debo tener algún hueso roto... ¡Necesito un médico!

—Maldito puerco —jadeó Renxo—. ¡Tendríamos que hacerlo pedazos y aún se atreve a pedir un médico!

—Cálmese —le miró hoscamente Brigitte—. Lo cierto es que por el momento necesitamos a Sidef, Renxo. De todos modos —miró al turco—, no va a ser posible por ahora hacer venir a un médico, lo siento. Lo único que tiene que hacer es estarse quieto, y espero que no tendrá muchos dolores. Después de que le hayan llamado y haya seguido mis instrucciones, lo pondremos en manos de un médico.

—¿Y podré... marcharme? ¿Cumplirá su palabra?

—¿Qué palabra? —Alzó las cejas la divina espía.

—¡Usted ha dicho que me dejaría marchar!

—He dicho que tentó el noventa por ciento de probabilidades de salir con bien del asunto, Sidef. Esas noventa probabilidades ya las tiene, seguras. Le faltan sólo diez…, que dependen de cómo se porte usted cuando le llamen para darle instrucciones. ¿Lo entiende?

—Sí… Sí, lo entiendo. Haré lo que usted me diga…

Capítulo IV

La llamada no llegó por la radio, sino por el teléfono. Eran entonces las once de la mañana, y Akim Sidef se encontraba francamente mal. Las heridas de la cara, muy visibles y un tanto espectaculares, pues el rostro se había hinchado, eran, sin embargo, las que menos le dolían. Pero las costillas rotas y la clavícula lo tenían continuamente al borde del desmayo: Su capacidad de acción era tan reducida que Baby había decidido desatarlo, de modo que, simplemente, yacía en el sillón, adormilado a veces, despierto con más frecuencia, lo cual era peor. Durante la noche, los tres agentes, de la CIA y Haxhi Renxo se habían turnado en la vigilancia, sin perderlo de vista. Los cuatro se habían negado a que Baby tomase parte en la vigilancia, de modo que ella se había retirado a dormir a una de las habitaciones.

Pero a las siete de la mañana apareció en la sala, asintió con la cabeza al comprobar que todo iba bien y se dedicó a preparar el desayuno para todos, incluido Akim Sidef, que, por cierto, lo rechazó. En un rincón, cubiertos con una manía, estaban los tres turcos muertos, y esto y el dolor era suficiente para quitarle el apetito.

Sí. A las once, cuando Baby estaba mirando por una de las ventanas del recibidor, asegurándose de que, fuera, los hombres de Renxo y algunos griegos colaboradores de la CIA permanecían vigilando cualquier posible contingencia, sonó el teléfono… Y la espía corrió hacia la sala, llegando cuando Simón I se disponía a salir a toda prisa para advertirla.

El teléfono estaba sobre una mesita adosada a la pared, y Brigitte lo señaló, mirando a Akim Sidef.

—Conteste.

No hizo ninguna advertencia, ni hacía falta.

Simón III ayudó a Sidef a llegar al aparato, y éste descolgó el

auricular, mirando a la señorita Flowers, que le hizo señas de que ella también quería oír, así que colocó el auricular entre los dos.

—¿Diga? —inquirió, en inglés.

—¿Sidef?

—Sí. ¿Quién es?

—Usted ya sabe. Vamos a ir ahora ahí para entregarle las instrucciones finales.

—Las esperaba, pero por otro conducto.

—Sí, entiendo. Pero no disponemos aquí de ese medio de comunicación con usted. Estamos en Atenas. ¿Le parece bien que nos presentemos ahí dentro de una hora?

—¿Van a venir otra vez los cinco?

—¿Los cinco? ¿Otra vez? —Había extrañeza en la voz del hombre que hablaba—. No sé de qué me habla: nosotros no hemos estado ahí antes, y sólo somos dos… ¿Está ocurriendo algo?

—Nada en absoluto. Pero es que la otra vez me visitaron cinco de ustedes…

—Ah… Oh, bien, sí. Ya sé a quiénes se refiere. No, esta vez, ellos no han venido.

Akim Sidef captó la seña de Baby, y preguntó rápidamente:

—¿Dónde están?

Hubo un silencio quizá un tanto prolongado al otro lado de la línea, antes de que llegase la respuesta:

—Ni siquiera nosotros lo sabemos, Sidef. Y por otra parte, a usted no le importa eso. Su trabajo…

—Solamente quería advertirles que quizá no es conveniente que vengan por aquí —refunfuñó Sidef, cuando Baby le mostró tres deditos, indicándole que debía dalla respuesta tercera a sus previsiones—. No ocurre nada, pero después de lo sucedido con el americano la otra vez, creo que sería mejor que no vinieran.

—¿Qué americano?

Baby se desconcertó un instante, pero, evidentemente, no tanto como Sidef, pues le dijo al oído:

—Dígale que tuvieron un roce con uno de la CIA en El Pireo hace un par de días. Nada importante.

—Tuvimos un pequeño choque con uno de la CIA en El Pireo anteayer —susurró Sidef—. Estoy seguro de que lo despistamos, pero sería mejor que ustedes no viniesen, por si acaso; Es mucho

más prudente que yo envíe a alguien a recoger esas instrucciones.

—¿Enviar a alguien? ¿Por qué no viene usted mismo?

—Escuche, estoy haciendo las cosas del mejor modo posible. Enviaré a una persona, ustedes le entregarán o le dirán lo que sea, y esa persona se comunicará conmigo y decidiremos lo que mejor convenga. Si en efecto, despistamos al americano, nadie pierde nada. Pero si al salir yo de esta casa me estuviesen vigilando, al menos sólo caería yo, y no ustedes con esas instrucciones. No creo que vaya a pasar nada, pero me pregunto si mi prudencia y mis ganas de hacer bien las cosas les molesta a ustedes.

—No. —Había, un tono de disculpa en la voz—. No, desde luego. Está bien, Sidef, no vamos a discutir porque usted quiera hacerlo todo a la perfección, cubriendo todos los riesgos… Puede enviar a ese hombre… ¿Cómo se llama?

Baby se estaba señalando a sí misma, y Sidef susurró:

—No es un hombre. Ya le digo que quiero hacer las cosas del mejor modo posible. Avisaré por teléfono a una persona en la que confío, y ella pasará a verles… ¿Dónde están?

—Hotel Stanley, habitación 4-A. ¿No es un hombre? Entonces, es una mujer, claro. ¿Cómo se identificará?

—Ella dirá que es nieta de Kemal Ataturk.

—De acuerdo. ¿Está seguro de que podemos confiar en ella?

—Completamente. La llamaré ahora mismo. ¿Algo más?

—Por nuestra parte, no. Pero, escuche, Sidef: si hay algo que no va bien, sería mejor que lo dijese ahora.

—Todo va bien, pero no quiero correr riesgos innecesarios. Ella irá a verlos cuanto antes.

A una seña de Baby colgó y se quedó mirándola, ansiosamente.

—Parece que lo ha hecho bien —aprobó la espía.

Simón I, que también había oído la conversación al estar el auricular libre, movió la cabeza con gesto preocupado.

—Pues a mí no me gusta —murmuró—. ¿Cómo es posible que ese tipo no supiese que aquí había ocurrido algo con un americano? Me sorprende… Y me inquieta. Y no tiene sentido.

—Yo creo que sí —contradijo Renxo—. Está bien claro que en este asunto intervienen muchas personas y que algunas no saben lo que hacen las otras… Igual que ocurría con los tres grupos que robaron la bomba en Albania: ninguno tenía noticias del otro. Los

dos hombres que están en ese hotel hacen una parte del trabajo y no saben nada más.

—Renxo tiene razón —aprobó Baby—. Ustedes quédense aquí y tengan cuidado…

—Creo que no debería usted ir —insistió Simón.

—Hay una bomba en camino, Simón. Una bomba atómica que alguien quiere disparar contra alguna parte. Y le aseguro que mientras yo tenga la menor posibilidad de impedirlo, nadie dispondrá de esa bomba. Hotel Stanley, habitación 4-A… Iría allí, aunque me asegurasen que había una docena de tigres en esa habitación.

Cogió su maletín, salió de la sala y segundos después de la casa. Fue adonde había dejado el coche, se metió dentro y se quitó la peluca roja, dejando al descubierto sus largos cabellos negros. Del maletín sacó: un pequeño frasco que contenía un líquido oscuro, del cual vertió un poco en una mano; se frotó ambas y luego extendió aquel líquido por el rostro, que adquirió un tono bronceado oscuro, ocultando la bella piel que parecía hecha de oro. Lo extendió también por las manos. Se miró al espejo retrovisor y aprobó con un gesto; era mejor dejar las lentillas de contacto que daban a sus ojos una tonalidad casi negra. Luego, se pintó con cierta exageración una raya de maquillaje en los extremos de los ojos, con lo que su aspecto resultó aún más exótico. Podía pasar muy bien por una muchacha griega. Una griega bellísima, desde luego.

* * *

A las doce menos veinte detenía el coche en una calle de Atenas, dispuesta a recorrer a pie el restó del camino hasta el hotel Stanley.

Corto camino. Tan sólo siete minutos más tarde lo tenía ante sus ojos: blanco, ocho pisos, moderno, sostenido por muy funcionales columnas cuadradas… Podía haber estado en cualquier ciudad norteamericana sin llamar la atención en absoluto. En lo alto de la fachada, el nombre…

Recorrió el sendero que se curvaba siguiendo el contorno del pequeño jardín circular, con algunos árboles y césped. Eran las doce menos nueve minutos cuando tomaba uno de los tres ascensores, que la dejó en el cuarto piso.

A las doce menos ocho minutos, llamaba a la puerta 4-A.

La abrió un hombre vestido impecablemente a la europea, pero de raza árabe sin asomo de dudas. Por detrás de él, la bella griega de los ojos pintados vio a otro hombre, árabe y vestido a la europea; este último tenía la mano derecha metida en el bolsillo de aquel lado de la chaqueta.

—¿Sí? —La miró atentamente el que había abierto.

Baby sonrió con dulcísima expresión.

—Entiendo que ustedes desean información sobre el gran patriota turco Kemal Ataturk.

—En efecto. ¿Podría usted facilitárnosla?

—Mejor que nadie: soy su nieta.

El árabe asintió con un gesto y se apartó. Cerró la puerta cuando Baby hubo entrado y señaló el tresillo que abarrotaba el diminuto saloncito de la habitación.

—Siéntese, por favor.

—Gracias. ¿Puedo saber sus nombres? Yo soy Dorika.

Los dos árabes se la quedaron mirando fijamente. Eran altos y fuertes, y ambos debían rozar los cuarenta años. Sus negrísimos ojos parecieron querer perforar los de la bella Dorika.

—Puede llamarnos Bey —se señaló el que había abierto la puerta—, y Muhammad. ¿Qué está ocurriendo en la casa de Sidef?

Ella se sentó y volvió a sonreír cuando las miradas de los dos árabes parecieron clavarse en las bellísimas piernas artísticamente cruzadas.

—Que yo sepa, no ocurre nada —dijo—. Pero Akim es muy… precavido.

—No nos molesta eso. —Bey se sentó y Muhammad permaneció de pie, vigilante—. ¿Quién es usted? ¿Su esposa, quizá?

—Pues… —La sonrisa de Dorika se amplió—. Bueno, algo muy parecido. ¿Lo entienden?

—Sí —sonrió Bey—. Pero por lo que tenemos entendido, Sidef es bastante mayor que usted.

—Oh, sí, mucho más mayor… Precisamente por eso le gustan las muchachas jóvenes.

Los dos árabes sonrieron a la vez, fijos sus centelleantes ojos en las increíbles piernas oprimidas por las medias relucientes.

—¿Y a las muchachas jóvenes les gustan los hombres de la edad

de Sidef? —deslizó maliciosamente Muhammad.

—Cuando un hombre de edad ofrece compartir un cuarto de millón de dólares, sí. Y ya que hablamos de dinero, Akim quiere saber cuándo va a cobrar el resto.

—Eso no es cuenta nuestra. De dinero no sabemos nada, excepto que quizá nosotros tengamos más de doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Entre los dos?

Bey emitió una contenida carcajada y puso una mano sobre el muslo derecho de Dorika, que permaneció inmóvil, mirándola fijamente. Por fin, dejó de mirar la mano para mirar los ojos del árabe, con gesto interrogante.

—¿Algo va mal? —musitó Bey.

—No me gusta que me manoseen…, a menos que valga la pena, señor Bey. Aparte de que no he venido aquí a eso. Akim está esperando las instrucciones para recoger la bomba, así como la indicación del lugar adonde debe llevarla.

—De acuerdo. —Bey retiró la mano, súbitamente se rió—. Nos ocuparemos primero de ese asunto. En primer lugar, ha habido un pequeño cambio de planes, de modo que Sidef ya no tiene que recoger el paquete: se lo llevarán al lugar desde el cual debe enviarlo a su punto de destino final.

—Quiere decir disparar la bomba.

—Muy bien, hablaremos claro, Dorika. Sí, disparar la bomba.

—¿Y el punto de destino?

Bey sonrió. Sacó un mapa de un bolsillo, lo extendió y fue a sentarse en el pequeño sofá, junto a Dorika.

—Este es el lugar adonde la bomba, en tres secciones, va a llegar esta noche, según esperamos. Es un islote al sur del Mar Egeo, en el Dodecaneso, a un par de millas al sur de la isla Syrna.

—Hay varios islotes por ahí —murmuró Dorika.

—A dos millas al sur de Syrna sólo hay uno. Muy pequeño. Nadie va nunca por allá. Nadie… hasta hace unas semanas. En ese islote se ha preparado, muy cautelosamente, una rampa de lanzamiento. Fue terminada hace una semana, o menos. No estoy seguro de eso, pero sé que está terminada, lista para cumplir su cometido. En el islote quedan solamente cuatro hombres, que están esperando a Akim Sidef y los suyos para poner a su disposición la

rampa. Por lo tanto, Akim Sidef debe estar allí esta noche a fin de examinar esa rampa y hacer las preguntas que considere oportunas para cuando lleguen las tres secciones de la bomba tenerlo todo preparado. La bomba llegará antes de las doce de la noche, sé la hora exacta. Y deberá ser disparada antes del amanecer.

—¿Hacia dónde?

—Tel Aviv.

Baby consiguió no alterarse lo más mínimo.

—¿Tel Aviv? —Alzó las cejas, mientras notaba un gran vacío en el estómago.

—En efecto. —Bey la miró con curiosidad—. ¿Le sorprende?

—Bueno, no sé…

—¿No sabe? —intervino Muhammad—. ¿Va a decirnos que no se ha enterado de que el día seis de este mes de octubre de mil novecientos setenta y tres, los árabes iniciaron la cuarta guerra árabe-israelí? Hace ya doce días que esa guerra está en marcha, bella odalisca.

—Estoy al corriente de eso. —Le miró fríamente Dorika—. Y también sé que los árabes disponen de misiles que están apuntando hacia Israel desde el principio. Pero Egipto no parece decidido, por el momento, a dispararlos, quizá porque, se dan cuenta de que eso significaría una catástrofe posiblemente a escala mundial.

—Nosotros no somos egipcios —sonrió Bey, centelleante los ojos.

—Ya me he dado cuenta… Pero sí son árabes. ¿Qué esperan conseguir con esa barbaridad?

—Usted no debe hacer preguntas —intervino de nuevo Muhammad—. Ni Sidef tampoco. Aceptaron un trabajo, se les está facilitando el material, y eso es todo. Lo único que tienen que hacer es preparar las tres secciones de la bomba y lanzarla hacia la capital de Israel. Nada más. Y hay otra cosa. —Se frunció el ceño del árabe —. Nosotros no estamos acostumbrados a discutir con mujeres, y mucho menos a darles explicaciones. En ese aspecto, los turcos no difieren mucho. ¿Cómo se permite Sidef tener a su lado a una mujer como usted, que se atreve a pensar por su cuenta y a hacer comentarios?

Dorika bajó la mirada.

—Es sólo… que me he asustado…

Muhammad miró a Bey y gruñó:

—No me gusta. Una mujer tan lista y con la lengua tan suelta, no me gusta… ¿Estás seguro de que hablaste con Sidef?

—Claro —se desconcertó Bey—. ¿Quién si no?

—No sé… No me gusta esto. Hay algo que me tiene inquieto.

—No deben preocuparse —musitó Dorika—. Si me dan el resto de las instrucciones me iré y no les molestaré más.

—Nadie ha dicho que nos esté molestando —sonrió aviesamente Bey—. Y menos ahora, que, de pronto se ha… vuelto tan… amable y prudente, Dorika. Yo diría que está comprendiendo con exactitud cuál es la actitud más conveniente en todo momento para una mujer, ¿verdad?

—Sí, sí… —Casi sonrió ella.

Bey seguía sonriendo cuando deslizó su mano hacia la pierna de Dorika, subiendo por el muslo. Ella intentó separarse, pero la otra mano del árabe la asió por los cabellos rudamente, inmovilizándola… y al mismo tiempo, un gesto de perplejidad aparecía en el rostro de Bey. Quedó inmóvil un instante; luego, retiró la mano de la parte alta del muslo de Dorika, dando un tirón… y se quedó mirando desconcertado la pequeña pistolita de cachas de madreperla, con la cinta de esparadrapo color carne adherida a ella.

Muhammad lanzó una exclamación y sacó rápidamente su pistola, apuntando a la bellísima griega.

—¡La voy a…!

—Espera —cortó Bey—. ¿Qué importancia tiene una pistola? A mí me parece natural que la lleve. Aunque me pregunto para qué la quiere.

—Sólo… sólo es por si en alguna ocasión… me encuentro en un apuro —jadeó Dorika—. A veces, Akim me… me envía a sitios… poco tranquilos…

—Oh, entiendo… Pero éste no era el caso actual, ¿verdad? ¿De verdad eres la nieta de Kemal Ataturk? No sé… No conozco a Akim Sidef, pero sé que es turco… Un turco. ¿Puedo admitir que un turco se complique la vida con una sola mujer… como tú?

—Matémosla —se impacientó Muhammad—. Y vámonos de aquí cuanto antes.

—Nada de errores —negó Bey—. Llama de nuevo a Sidef y

pregúntale si realmente ha enviado él a esta mujer, y su hombre. Nos dijo que quizá le estaban vigilando… ¿Y si los americanos, por ejemplo, han suplantado a la auténtica Dorika por esta mujer? Llama.

—Está bien —aceptó de mala gana Muhammad.

Sé acercó al teléfono, mientras Bey volvía a sonreír a Dorika.

—No tienes que temer nada si es a ti a quien ha enviado el turco —dijo amablemente—. Lo único que has de hacer es estarte quieta y esperar.

Tiró la pistola a un lado, y siempre sonriendo, deslizó la mano por el escote de Dorika, que permanecía rígida, mirando a Muhammad mientras éste marcaba el número. Notó la mano del árabe en sus senos, pero no se movió. Era cierto, sólo tenía que esperar a que Akim Sidef dijese que sí, que él la había enviado, que era Dorika… Solamente se trataba de soportar unos segundos a Bey. El cual, de pronto, con la mano dentro del escote, dio un tirón, rasgando la ropa, arrancándola toda, dejando al descubierto el busto de la espía.

—Por Alá —jadeó—. Jamás había visto nada tan hermoso como…

—¿Sidef? —preguntaba en aquel momento Muhammad.

—Le vuelvo a llamar para hacer una comprobación… ¿Envió a la mujer?

—Ah… Bien. ¿Cómo se llama?

—Dorika… Está bien. ¿Cómo es ella? Descríbala.

Bey estaba acariciando con manos tensas, como garras, la piel dorada de Dorika, relucientes los ojos como brasas; No se daba cuenta de que aquella piel dorada no correspondía al tono de la cara y cuello. No se daba cuenta de nada, excepto de la grandiosa belleza de aquella mujer, que le estaba encendiendo la sangre. Por su parte, Dorika evitaba mirar aquella mano, miraba solamente a Muhammad, esperando que éste recibiese la información pedida y todo volviese a la normalidad. No valía la pena perder la información que faltaba sólo porque aquel hombre la estuviese manoseando de aquel modo, que…

Muhammad le dirigió, de pronto, una viva mirada, y justo en aquel momento, la espía internacional comprendió su error. Sidef la estaba describiendo a Muhammad, desde luego, pero diría que era

pelirroja, no morena. Un error. Ese pequeño error que siempre puede cometer hasta el más experimentado espía. Podía explicarles a los árabes que llevaba peluca, que… Podía intentarlo, pero a juzgar por la expresión de Muhammad, no le daría tiempo ni a abrir la boca.

—Entendido —dijo Muhammad, volviéndose para colgar el auricular.

Y ése fue su pequeño error.

La mano izquierda de Dorika describió un arco, vuelta la palma hacia arriba, y fue a golpear en la garganta de Bey con el borde del lado del pulgar, en un impecable haito uchi. Un grito ronco brotó de la garganta de Bey, que pareció rebotar en el sofá, y cayó de rodillas y cabeza al suelo, por supuesto soltando los cabellos de Dorika, que se apresuró a saltar hacia Muhammad.

Éste, que acababa de colgar el teléfono quedando de lado con respecto a Bey y Dorika, se dio cuenta de lo que ocurría y giró rápidamente, alzando la mano con la pistola. La pantera cayó sobre él en un salto ágil, escalofriante, de más de tres metros, y debido al choque, la bala que pudo disparar Muhammad no acertó aquel fino cuerpo de acero, sino que fue a clavarse con apagado sonido en el sofá, ante el cual Bey, todavía de rodillas, tosía, llenos los ojos de lágrimas que le impedían ver lo que sucedía ante él, sólo tres metros más allá.

De todos modos, no fue un espectáculo agradable.

Dorika había pasado a la espalda de Muhammad, abrazándose a él con todas sus fuerzas, mientras el árabe giraba en el suelo, con la vana esperanza de que el dolor que ella experimentaría al aplastarla varias veces con su peso contra el suelo la obligaría a soltarlo. Tardó un par de segundos de más en comprender que nada iba a conseguir en aquel sentido, y entonces intentó doblar el brazo de modo que la pistola apuntase a la mujer que se aferraba ahora a su garganta… Unos finos deditos dorados asieron su mano por el pulpejo y efectuaron una brusca y poderosa torsión hacia arriba… La mano se rompió como si el hueso hubiese sido de pasta de galleta, y Muhammad cayó de bruces, ahogando su gemido de dolor contra el suelo. Al mismo tiempo, el puño de la espía golpeaba en su nuca, partiendo las vértebras cervicales.

Fin.

Jadeando, Dorika saltó hacia la pistola de Muhammad, la asió y giró en el suelo, apuntando a Bey, que todavía tosiendo y con los ojos llenos de lágrimas, estaba sacando la suya del bolsillo de la chaqueta.

Plop.

Fin.

Capítulo V

—No tuve más remedio —se lamentó Mima Flowers, de nuevo con peluca roja—. Bey ni siquiera me habría escuchado, sólo habría disparado en cuanto hubiese podido verme.

Durante unos segundos, reinó el silencio en la sala de estar de la casa que ocupaba Akim Sidef. Por fin, Simón I encogió los hombros y murmuró:

—Bueno, no creo que valiese la pena correr el menor riesgo. Y además, sabemos adonde van a llevar las secciones de esa maldita bomba.

—Sí —admitió ella, mohína—. Pero no sabemos cómo, ni cuántos hombres llegarán, ni si esperan una señal convenida desde el islote… Y están los cuatro hombres que quedan en el islote, para dar instrucciones a Akim Sidef: también es posible que exista una contraseña para ellos. Si no reciben esa contraseña, pueden poner las cosas muy difíciles.

—¿Difíciles? —Gruñó Haxhi Renxo—. Ya le dije que puedo reunir treinta hombres en un momento dado… Y usted, sesenta, si no recuerdo mal. Noventa hombres. ¿Qué puede haber difícil para noventa hombres?

—A mí no me gustan ese tipo de operaciones —refunfuñó la divina espía—. Lo considero tosco, brutal.

—¿De veras? —Se pasmó Renxo—. Bueno, quizá se le ocurra algo mejor. Y me gustaría oírlo… Pero supongo que se da cuenta de que no se trata de jugar a los elegantes, sino de rescatar una bomba atómica. Eso es lo único que importa.

—Lo sé. Pero…

—¿Qué pasará si encuentran pronto los cadáveres de esos dos árabes? —planteó Simón II.

—No creo que los encuentren hasta mañana por la mañana, cuando el personal del hotel entre en la habitación para limpiar y

hacer las camas... Puse el cartelito de «No molesten». Por ese lado no creo que hayan problemas..., a menos que Muhammad y Bey, una vez entregadas las instrucciones, tuvieran que comunicar que lo habían hecho.

—Ellos no disponían de radio aquí —reflexionó Renxo—. Quizá sean simplemente una de las piezas de todo esto, cuyo único cometido sea entregar las instrucciones y desaparecer.

—Eso sería formidable —opinó Simón III—. Pero si alguien estaba esperando noticias de esos dos árabes, y las noticias no llegan, es muy posible que la bomba sea desviada de su ruta hacia ese islote del Dodecaneso.

—Mal asunto —mascullό Simón I.

—Todavía hay otro problema —se lamentó Baby—. Hay trescientos kilómetros de aquí a ese islote. ¿Podríamos conseguir un medio de transporte rápido para noventa hombres? Yo creo que no. En cambio, sí podemos arreglárnoslas si solamente vamos allá cinco o seis.

—¿Cinco o seis? —exclamó Renxo—. ¡Está bromeando! ¡Podemos ser noventa y usted quiere...!

—Nada de noventa —refunfuñó Baby—. Ni quiero utilizarlos, ni es verdad que yo pueda disponer de sesenta hombres con la rapidez necesaria.

—Pero usted dijo...

—¡Sé muy bien lo que dije! ¡Haga el favor de callarse de una vez para que pueda pensar!

Haxhi Renxo quedó como congelado. Luego parpadeó, se mordió los labios y fue a sentarse en un sillón, sombrío el gesto. Brigitte lo miró, frunció el ceño y se puso en pie.

—Voy a cambiarme el vestido —musitó.

Cogió el paquete que contenía las ropas que había comprado de regreso a la casa, y fue a una de las habitaciones. Cuando regresó, casi diez minutos más tarde, nadie se había movido. Los Simones miraban con cierta indiferencia al cada vez más pálido y postrado Akim Sidef, y Haxhi Renxo, sentado en el mismo sillón, fumaba, hosco el gesto.

Baby le puso una mano en el hombro y él alzó la mirada.

—Lo siento, colega —casi sonrió la espía—. Perdóneme.

—Está bien —encogió los hombros el albanés—. Usted es Baby,

¿no? Pues grite cuanto quiera…, pero resuelva el problema.

—Ya está resuelto.

Los tres Simones no parecieron en absoluto sorprendidos, pero Renxo se quedó boquiabierto.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Que ya está resuelto. Bueno, no exactamente. Digamos que aceptaremos los riesgos con cierta lógica.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Veamos… Sabemos que las secciones de la bomba van a llegar a ese islote antes de las doce de la noche, pero lógicamente no antes de las siete, que es cuando anochece. ¿Aceptado esto?

—Sí… Bueno, es razonable. Si yo estuviese en el lugar de esa gente, no descargaría una cosa así durante el día, claro.

—Entonces, puesto que ahora son las dos y diez de la tarde, y sabemos que hasta las siete aproximadamente no anochece, podemos calcular que disponemos de cinco horas. ¿Sí?

—Pues, sí… Sí, aceptado.

—En cinco horas, con un helicóptero…

* * *

—Esa debe ser Syrna —señaló Baby, tras una última consulta al mapa—. Aterrice, Simón.

—Okay. Aunque quizá sería conveniente ir antes a echar un vistazo al islote que hay dos millas al sur.

—No. Nada de pasar por allí encima. Sabemos que el islote está allí, no vale la pena molestarse… o inquietar a los cuatro hombres, que sin duda no quedarían muy tranquilos.

—De acuerdo.

El helicóptero comenzó a descender hacia Syrna. Eran poco más de las seis de la tarde, y el mar parecía una lámina morada y roja salpicada de manchas blanquecinas que señalaban la presencia de pequeños islotes.

En el asiento delantero iban Baby y Simón I. Atrás, el espía albanés y Simón II y Simón III. Solamente los cinco ocupaban el helicóptero que habían conseguido en Atenas los agentes de la CIA. En la casa de Akim Sidef habían quedado éste y los cuatro hombres de Haxhi Renxo, encargados de conseguir un médico para el turco y

llevárselo luego a Albania, donde sería sometido a un interrogatorio exhaustivo con el fin de intentar localizar a los traidores albaneses aprovechando la pequeña pista que pudiese surgir de lo que Akim Sidef fuese diciendo…

Por fin, el helicóptero se posó en la isla, cerca de la playa. No había el menor signo de seres vivientes, y cuando las aspas del helicóptero dejaron de girar, el silencio fue total, hasta que ya libres sus oídos del rumor ensordecedor del motor, oyeron el mar, golpeando suavemente contra las rocas. Por un instante, los cinco ocupantes del aparato quedaron inmóviles, silenciosos, como vencidos por aquella paz, por aquella quietud. Silencio y mar.

—¿Qué estamos esperando? —musitó Renxo.

Brigitte volvió la cabeza hacia él y sonrió.

—Nada… Simplemente, creo que todos estábamos gozando de este silencio, de esta paz. Así debía ser el mundo antes de que nuestros antepasados comenzasen a desarrollar su «inteligencia» y a fabricar armas de fuego, motores, bombas…

—Cualquiera diría que lo lamenta —sonrió Renxo.

—Bueno —amplió su sonrisa la divina espía—. Por supuesto, me gusta tener coche, viajar en avión en lugar de a pie, poder encender la luz apretando un botón y escuchar música cuando quiero, Haxhi. Pero cuando recapacito sobre todo lo que hemos conseguido, acostumbro a decirme que no necesito tanto.

—¿Qué quiere decir?

—Parece que no me entiende. ¿Qué busca usted en la vida?

—¿Yo? ¿En la vida? —Renxo estaba desconcertado—. Pues…, no sé. Demonios, ¡yo qué sé!

—Entonces, ¿cuál es el objetivo que persigue trabajando, jugándose la vida misma a veces? ¿Qué espera conseguir antes de morir dentro de treinta, cuarenta o cincuenta años?

El espía albanés parpadeó.

—No lo sé… De verdad, no lo sé.

—¿Por qué no reflexiona unos minutos sobre ello? Sería interesante conocer sus conclusiones. ¿Y usted, Simón? ¿Y ustedes, Simones? ¿Qué esperan conseguir antes de morir? Concedámonos un par de minutos de descanso, de silencio, de reflexión. Pensemos: ¿qué esperamos de la vida antes de que llegue la muerte?

Los cuatro espías cambiaron miradas no poco desconcertadas.

Baby había vuelto la cabeza hacia el mar, que contemplaba con una sonrisa en los labios. Ella no necesitaba pensar en aquello, ya que hacía tiempo había encontrado la respuesta.

Por fin, Simón II musitó:

—Bueno, creo que espero tener un poco de dinero y un agradable lugar donde vivir en paz… Me gustaría poder tomar el sol y escribir un libro. También me gustaría… tener familia. Hijos y nietos, y poder reír, escuchar la lluvia sobre mi tejado. Cosas así.

—¿Y ustedes? —sonrió Brigitte Montfort.

—Me parece que yo pienso más o menos igual —dijo Renxo.

—Y yo.

—Y yo.

—Bueno, pues para todo eso no creo yo que haga falta haber descubierto la energía atómica, ¿verdad? —planteó Baby—. ¿O les parece que sí? Tampoco hacen falta coches o aviones, ni luz eléctrica, ni caviar, ni *whisky*. Para todo ello, supongo que lo único que se necesitan son personas que vivan en paz. ¿Ustedes qué opinan?

Haxhi Renxo soltó una risita, pero evidentemente estaba de nuevo desconcertado.

—Es usted muy peculiar, francamente —opinó—. Quizá tenga razón. Y voy a reflexionar sobre eso que ha dicho.

—Pero no ahora —rió amablemente la divina espía—. Ya se nos ha terminado el tiempo de descanso… Vamos, hay que descargar el material.

Saltaron del helicóptero Baby y Simón I y Renxo. Los otros dos espías norteamericanos empujaron hacia la portezuela del aparato un gran fardo que había estado a cola. Una vez en tierra, ellos saltaron también y entonces Baby miró a Simón I.

—Esté atento a la radio, Simón… Y sobre todo, no se descuide. ¿Todo está bien entendido?

—Sí, sí, no se preocupe.

—¿Seguro? —insistió Baby.

—Caramba, sí, seguro.

—Está bien. De todos modos, me gustaría que me repitiese lo que hemos ido conviniendo durante el vuelo. Ustedes —miró al albanés y a los otros dos Simones—, será mejor que lleven el bote al agua mientras Simón me repite las instrucciones.

—Vamos allá —señaló Simón II hacia el gran fardo.

Entre los tres, lo llevaron hacia la orilla, mientras Simón I y Baby quedaban ultimando detalles junto al helicóptero.

El gran fardo era, en efecto, un bote neumático, que se hinchó cuando fue accionada la válvula. Además del bote, habían cuatro remos cortos en dos secciones, que fueron ensamblados. Había también tres metralletas y media docena de granadas de mano, así como un par de libras de explosivo plástico… El bote fue llevado al agua, los paquetes cargados con todo cuidado. Luego, los tres espías se volvieron hacia el helicóptero, y se quedaron mirando a Baby y a Simón I, el cual asentía con la cabeza, aceptando, ¡cómo no!, todo lo que decía la espía internacional.

Por fin, ella le besó en ambas mejillas, y se reunió con los otros Simones y Haxhi Renxo, que, la contemplaba con cierta perplejidad.

—¿Algo no va bien? —le preguntó Baby.

—¿Eh? Oh, no. Bueno, había oído hablar de usted, naturalmente, y…

—¿Y…?

Haxhi Renxo soltó un gruñido.

—A decir verdad, por todo lo que he oído de Baby, la imaginaba a usted muy diferente.

—¿Cómo me imaginaba?

—No sé exactamente, pero… muy diferente. Parece usted una… persona. Quiero decir… Bueno…

—Esto le enseñará a no hacer caso de las habladurías —sonrió la divina—. Supongo que usted me imaginaba poco menos que como un extraño monstruo, ¿no?

Haxhi Renxo encogió los hombros.

—No tanto, pero me alegro de haberla conocido… Sí. Me alegro muchísimo.

—Gracias. ¿Todo preparado?

—Cuando guste podemos partir.

Pasaron los cuatro al bote, y cada uno empuñó un remo. Antes de hundirlo en el agua, Brigitte Montfort lo alzó hacia Simón I, que respondió con el brazo. Luego, los cuatro se dedicaron a remar, lentamente, hacia el sur. Dos millas más allá estaba el islote que era su objetivo, y puesto que se proponían llegar ya de noche, no convenía imprimir demasiada velocidad a la pequeña embarcación.

Haxhi Renxo miraba de vez en cuando a Baby, de reojo. No estaba muy convencido de que los planes de aquella mujer fueran factibles, pero la fe que había visto en los tres agentes secretos norteamericanos le había decidido a aceptar. Según Baby, los cuatro solos podían conseguir todo lo que fuese necesario, en una operación de commando reducido, sin gran aparato de hombres y de armas.

Pero si no se conseguía, atrás quedaba Simón I, con el helicóptero, esperando noticias… Si éstas eran buenas, todo su trabajo consistiría en volar hacia el islote cuando todo hubiese terminado y recogerlos. Si eran malas, en cuanto Baby le comunicase el fracaso por medio de su pequeña radio, Simón I llamaría con la del helicóptero a Atenas, donde sus colaboradores habían quedado a la espera de agentes de la CIA que llegarían a la capital griega desde los puntos más cercanos de Europa, y que una vez agrupados, se desplazarían, ya en plan de gran commando, para pulverizar el islote. Con esto conseguirían cuando menos destrozar la rampa de lanzamiento de la bomba cuyo destino era Tel Aviv, y acto seguido se dedicarían a buscarla por todo el Egeo y el Mediterráneo, masivamente, sin descanso.

Sin embargo, Brigitte Montfort, alias Baby, estaba segura de que todo iba a salirles bien a los cuatro que iban en el bote de goma negra…

* * *

Hacía ya más de media hora que había anochecido cuando el bote tocó fondo en la diminuta playa del islote. Sin cambiar una sola palabra, los cuatro saltaron al agua y lo arrastraron hacia la orilla, hasta dejarlo entre unos ásperos matorrales. La luna, en cuarto menguante, parecía una cuchillada de plata sobre el terso mar, y les permitía ver con suficiente claridad para desplazarse sin contratiempos.

—Veinte minutos mínimo, treinta máximo —susurró Baby.

No hacía falta más. Pistola en mano, los cuatro se separaron. El primer objetivo era recorrer sigilosamente el pequeño islote, que, según el plano conseguido en Atenas, no medía más de un cuarto de milla de ancho por media milla escasa de largo. De todos modos,

aquel trabajo preliminar no iba a resultar fácil, pues no parecía que hubiese un solo árbol, y el resto de la vegetación se limitaba a unos cuantos matorrales.

Extraordinario lugar para instalar una rampa de lanzamiento para bomba atómica.

Capítulo VI

Veintisiete minutos más tarde, Baby llegaba, en último lugar, junto al bote. y de nuevo reunidos, hubo un breve cambio de información.

—Yo he visto a cuatro —dijo en seguida Renxo—. Y están cerca de la playa, junto a un grupo de rocas. No he visto nada más.

—Lo mismo yo —dijo Simón II.

—Y yo —dijo Simón III.

—Entonces, todos hemos visto lo mismo —susurró Baby—. En efecto, sólo hay cuatro hombres en toda la isla. Pero… ¿alguno de ustedes ha visto la rampa de lanzamiento?

Los tres hombres movieron negativamente la cabeza. Un tanto desconcertados, ya que una rampa de la suficiente envergadura para el propósito que tenían aquellos hombres no podía ocultarse con facilidad.

—Quizá los dos árabes del hotel Stanley la engañaron a usted —musitó Renxo.

—No. Y lo que yo pienso es que lógicamente esa rampa está camuflada. No me sorprendería que las rocas junto a las que están esos cuatro hombres fuesen falsas, y que debajo estuviese la rampa.

—Es muy posible —se animó el albanés—. Bien…, ¿qué hacemos? ¿Cómo…?

—Puesto que realmente son sólo cuatro y están juntos, me parece que esta parte de la operación resultará muy sencilla. Lo preparo todo en diez segundos.

Abrió su maletín, sacó el secador de cabello a pilas y el pequeño trípode de aluminio para cámara fotográfica. Ensambló las tres secciones del trípode, y a la última, encajó el culatín del secador de cabello. Luego, de un frasco de crema facial con doble fondo, sacó dos de las seis pequeñas cápsulas de cristal, y las deslizó por el tubo de aluminio.

—Vamos allá —dijo.

Conocían ya el camino, así que les resultó aún más fácil que antes deslizarse hacia la otra pequeña playa, situada al oeste del islote, donde habían visto a los cuatro hombres. Antes de llegar, volvieron a oír sus voces en árabe, y Renxo susurró:

—Están hablando de un pesquero…

—¿Habla usted árabe? —se sorprendió Baby.

—Un poco… Ssst… —Estuvo escuchando las voces, que se oían con toda claridad—. Sí, un pesquero griego, me parece. Y están preocupados porque Akim Sidef no ha aparecido todavía. Dicen que si llega antes el pesquero, ellos no sabrán qué hacer con el material.

Baby asintió con la cabeza.

—Quédense aquí —ordenó.

Se fue arrastrando por el áspero terreno, en completo silencio, llevando sostenido el fusil entre los codos, y la pistolita en la mano derecha. Los árabes habían dejado de hablar, de modo que sólo se oía, de nuevo, el rumor del mar.

En menos de dos minutos, Baby estuvo a unos quince metros de los cuatro hombres. Uno de ellos se había puesto en pie y caminaba acercándose a la playa. Estuvo allá más de un minuto, mirando hacia el norte y regresó. Dijo algo y se sentó, con las piernas cruzadas, junto a uno de sus compañeros, que estaba contestando algo.

Baby Montfort apretó entonces el disparador de su eficacísimo, utilísimo tubo-fusil… y precisamente el árabe que se había mostrado más impaciente movió la mano derecha, con brusquedad, tocándose el cuello y diciendo algo en su idioma… Una fracción de segundo después, caía de lado, todavía con la mano en el cuello. Su compañero más cercano cayó de espaldas, suavemente. De los otros dos, situados enfrente, uno también dijo algo, comenzó a ponerse en pie… y cayó de cara, como un poste, mientras el otro se derrumbaba también de espaldas. Hombres afortunados: tenían por delante no menos de cuarenta y ocho horas seguidas de profundo sueño.

Brigitte Montfort volvió la cabeza y emitió un gracioso silbidito:

—Fiiiiuiuiiii…

Los tres espías se pusieron en pie y corrieron agachados hacia la posición de los cuatro árabes, mientras Baby caminaba

tranquilamente. Cuando llegó, los árabes habían sido privados ya de sus armas y los cuatro estaban de cara al cielo estrellado.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Renxo.

—Gas narcótico. Veamos qué hay por aquí.

Había una potente linterna que, una vez probada apuntando muy de cerca al suelo, mostró que el cristal era de color rojo. Una luz roja. Ideal para señales… Luego, estaban las armas de los cuatro árabes… y nada más. Nada más, excepto la rampa de lanzamiento, qué en efecto se hallaba oculta bajo aquellas rocas falsas construidas con maderas y pintura, que formaban una bóveda en la que cabían los cuatro perfectamente. Como encerrados en el más oscuro lugar del mundo, Baby encendió la linterna, y la luz roja reveló la rampa de hormigón, las abrazaderas metálicas, el lecho para la bomba, una polea manual, un contador Geiger…

—Santo Dios —murmuró Simón I—. ¡Es todo verdad!

—Escuchen —tembló la voz de Haxhi Renxo—, quiero que esto quede bien claro: Albania no ha tenido nada que…

—Cálmese, Haxhi —susurró Baby—. Ya estamos al corriente de que Albania no puede ser culpada de nada. Sólo espero que en lo sucesivo sepan vigilar mejor esos malditos silos con bombas chinas.

—Mire, yo no sé nada de todo eso… Yo soy un agente secreto, no un estratega, o un político, o… ¡Por todos los demonios, esto es una barbaridad!

—Salgamos —dijo amablemente Baby—. Hay que esconder a esos hombres dormidos, y estar preparados para la llegada del pesquero.

Exactamente a las once y media, Haxhi Renxo, que miraba con fijeza hipnótica el mar hacia el Oeste, se irguió y señaló en esa dirección.

—¡Allí!

A la luz de la luna en menguante se divisaba ya la forma de una embarcación, y casi al mismo tiempo, el rumor de los motores llegó, apagado, hasta ellos, como un rumor más del mar. Baby se apresuró a coger la linterna de luz roja, sin decir palabra, y sus ojos quedaron fijos en la pequeña embarcación… Pequeña, pero sin duda con capacidad suficiente para transportar una de las secciones de la bomba atómica.

Un minuto, dos, tres… La embarcación se iba acercando, sin

luces de navegación. Era sólo una sombra clara sobre el mar. Cuatro minutos más tarde se detenía, a unos cien metros de la playa en la que esperaban los cuatro espías. Los motores fueron parados, todo quedó de nuevo en silencio.

—Quizá están esperando ellos una señal —susurró Renxo.

Baby no contestó, ni se movió, siempre fija su mirada, en el pesquero. De pronto, brilló en éste una luz roja, que se encendió y se apagó dos veces rápidamente; luego se encendió otras dos veces, más espaciadas; finalmente, tres veces más, rapidísimas. Sin vacilar, Baby contestó en la misma forma con su linterna.

Y eso fue todo… hasta que de pronto volvió a oírse el sordo crujir de los motores del pesquero, que comenzó a acercarse, lentamente…

—¿Cuántos hombres debe haber ahí? —susurró Simón I.

—No demasiados —aseguró Brigitte—. El pesquero es pequeño, así que no creo que hayan más de seis. Lo que no sabemos es si son griegos, albaneses o árabes… Los dejaremos hablar primero. Si hablan en griego, conteste usted, Simón. Diga que somos Akim Sidef y sus hombres. Si hablan en árabe o en albanés, atiéndalos usted, Haxhi.

—De acuerdo. Podemos… ¿Adónde va usted?

—Ssst…

Sin la menor vacilación, Baby se acercó a la orilla y se introdujo en las frías aguas. Renxo dio un paso hacia ella, pero Simón II le retuvo de un brazo…

—Quieto.

—Pero… ¿están locos? Esa mujer va a morir tan sólo de frío…

—¿Se apuesta algo a que no?

—De todos modos —refunfuñó Simón III—, sea lo que fuere lo que quiere hacer, podía haber ido yo, no ella.

—¿Tú crees que la agente Baby va a permitir que uno de sus niños pille una pulmonía? —refunfuñó también Simón II—. ¿Aún no te has enterado de que cuando hay algo penoso siempre quiere hacerlo ella personalmente?

—Va a quedar congelada —insistió Renxo.

—Será mejor que nos callemos.

Todos seguían mirando hacia el mar, pero ya no podían ver a Baby; había desaparecido. Y mientras tanto, el pesquero se iba

acercando, acercando, acercando… Los motores volvieron a detenerse y la embarcación llegó, con el último impulso, a menos de doce metros de la playa.

En, la borda habían dos hombres bien visibles, y uno de ellos comenzó a hablar. Inmediatamente, los espías norteamericanos miraron a Renxo; le correspondía a él trabajar, puesto que hablaban en árabe… Haxhi Renxo contestó con naturalidad y los agentes de la CIA solamente entendieron dos palabras: Akim Sidef. Desde el pesquero le contestaron, al mismo tiempo que otros dos hombres aparecían junto a la borda…

—Cuatro —susurró Simón III.

Renxo seguía hablando. Hubo un gesto de asentimiento en los hombres que estaban junto a la borda, y un pequeño bote de remos fue botado al costado del pesquero. Los cuatro hombres saltaron a él, y uno de ellos empuñó los remos.

—Deberíamos acribillarlos ahora mismo —dijo Renxo—. Si los dejamos llegar, todo va a complicarse. Yo podría hacerles creer que soy de raza árabe o turca, pero en cuanto les vean a ustedes, el engaño va a terminar. Convendría…

Calló de pronto, pues del bote que se acercaba llegó una voz. Los dos norteamericanos vieron cómo Renxo se envaraba y su mano comenzaba a alzar la pistola.

—¿Qué pasa? —preguntó Simón III.

—Preguntan por sus cuatro compañeros árabes. Al parecer, tenían que recogerlos y llevárselos en el pesquero. Dicen…

Del bote llegó de nuevo la voz en árabe, más perentoria ahora. El de los remos había dejado de remar.

Uno de los árabes gritó algo, y del pesquero llegó una respuesta, al mismo tiempo que otros dos hombres aparecían junto a la borda…

—¡Disparen! —gritó Renxo—. ¡Disparen, disparen…!

Él lo estaba haciendo ya, al mismo tiempo que desde el bote llegaban unas cuantas balas, y gritos… Los disparos restallaron en el silencio de la noche como cañonazos, en contraste con los casi silenciosos efectuados por los espías, que se habían separado, tirándose sobre la arena, que se alzaba en surtidores alrededor de ellos.

Uno de los hombres del bote lanzó un chillido, y saltó de cabeza

al agua. Otro giró sobre sí mismo hacia atrás, chocó con un compañero y éste lo rechazó violentamente, también hacia el agua.

En la arena, Simón II lanzó un grito cuando notó el impacto de una bala en su pierna izquierda, en el muslo. Enfurecido, se puso de rodillas y pudo ver mejor a los dos hombres que había en el bote…, justo en el momento en que uno de ellos comenzaba a chillar, a estremecerse, al recibir un balazo en el vientre… Simón II disparó y el hombre cayó hacia atrás. Casi simultáneamente, Renxo y Simón III cazaban de lleno al otro cuando comprendiendo que ante él tenía enemigos de cuidado, se disponía a lanzarse al agua… Lo consiguió, es cierto, pero cuando su rostro tocó las frías aguas, ya estaba muerto.

Durante unos segundos, volvió, a reinar el silencio, de un modo extraño, inquietante, hasta que Simón III comenzó a ponerse en pie.

—Parece que hemos…

En la borda del pesquero comenzaron a brotar largas pinceladas de color rojo y morado, y el tableteo de una ametralladora hizo de nuevo añicos el silencio. Una larga fila de pequeños surtidores brotó en la arena, en dirección a Simón III, que lanzó un grito de dolor y se tiró de lado, rodando hacia las rocas más cercanas, seguido por Simón II, que corría como podía, arrastrando la pierna herida; mientras Renxo, de un par de saltos que fueron seguidos por el diluvio de balas, llegaba el primero tras las rocas. Comenzó a disparar hacia donde brillaban los fogonazos de la ametralladora, que durante un instante quedó silenciosa…, para reanudar su fuego contra las rocas donde se cobijaba el espía albanés, que lanzó un respingo y se apresuró a ocultarse completamente.

Mientras tanto, debido a su breve intervención que había distraído a los de la ametralladora, los dos espías norteamericanos conseguían colocarse también a resguardo, y quedaron los tres juntos, jadeando fuertemente.

—¡Malditos sean! ¡Una ametralladora!

Por encima de ellos, el chorro de balas estaba pulverizando las terrosas rocas tras las que se protegían. La intensidad de fuego era tal que parecía suficiente para convertir en polvo el parapeto natural de los tres espías, de los que solamente Renxo estaba ileso. Simón II gruñía su dolor en la pierna, y Simón III, con los ojos llenos de arena debido a los surtidores que habían levantado las

balas, intentaba quitársela…

Renxo miró a los de la CIA, y masculló:

—Si seguimos aquí, acabarán por hacernos pedazos. ¡Hay que buscar un sitio mejor!

—Hágalo usted —jadeó Simón II—. ¡Yo no puedo dar ni un paso más!

—Y yo casi no veo —se daba manotazos en los ojos Simón IIL—. Haga lo que pueda por usted mismo, Renxo.

—Bien; Intentaré…

Silencio.

Silencio y el mar.

Los tres espías quedaron inmóviles, escuchando. La ametralladora había dejado de disparar…

—Deben estar cambiando la cinta —exclamó Renxo—. ¡Aprovechemos para…!

—Fiiiuiuii… —Llegó el gracioso silbido, desde el pesquero.

—Je, je —rió Simón II, mirando a Renxo—. Parece que Baby no ha muerto de frío, ¿verdad? Salga a decirle que por aquí también hemos terminado.

—¿Está loco? —gritó Renxo—. ¡Si salgo…!

—¿No lo entiende? —gruñó Simón—. Ella se ha apoderado de la ametralladora.

—¿Que se ha…?

—Fiiiuiuiiii… —Llegó de nuevo el silbido, más fuerte aún.

—¡Estamos bien, Baby! —gritó Simón—. ¿Me oye?

—No grite tanto; Simón —llegó con sorprendente nitidez la voz de la divina espía—, o le van a oír hasta en El Cairo. Vengan a bordo a ayudarme.

—Vaya usted —dijo Simón II—. Y mucho cuidado con lo que le dice a ella sobre nuestras heridas… ¿Entiende?

—¿Qué quiere decir?

—Pues que no vaya a decirle así, a secas, que nos han herido. Dígale solamente que nos ha rozado una bala. Sólo eso.

—Está bien.

No muy tranquilo, Haxhi Renxo se asomó, pero ciertamente no sufrió ataque alguno. Tuvo que convencerse de que todo iba bien, así que vadeó hasta el pequeño bote, tiró al mar al árabe que había quedado allí y remó hasta colocarlo junto al pesquero. Subió a

bordo y lo primero que vio fue a dos hombres caídos junto a la borda. Uno de ellos tenía el cuello extrañamente torcido, y el otro, que tenía los ojos muy abiertos, mostraba un aspecto impresionante, con la frente hendida, como si hubiese recibido un hachazo o algo parecido…

Renxo se pasó la lengua por los labios y miró alrededor.

—¿Baby? —llamó.

No recibió respuesta. Frunció el ceño, empuñó con fuerza la pistola y se acercó a la doble puerta que llevaba al interior del pesquero…

—¿Baby?

—Estoy abajo, Haxhi —le llegó la voz, tranquila—. No se preocupe, venga.

El albanés entró, descendió la media docena de empinados escalones y se encontró en el habitáculo del pesquero, que era a la vez dormitorio, cocina y comedor. Sucio, mugriento, pequeño agujero con olor a pescado…

Había allí una mujer, completamente desnuda, que se había vuelto a mirarlo, y le sonrió mientras tomaba una, manta de una de las literas. Desconcertado, Renxo la apuntó, porque aquélla no era Baby. Aquella mujer no era Baby, ni Mirna Flowers, ni… Era mucho más hermosa. Sus cabellos eran negrísimos, sus ojos grandiosos, azules… Azules como lo más azul que Haxhi Renxo había visto en su vida. Y su maravilloso cuerpo era dorado, como el sol, como el oro… Tan luminoso que cuando ella se envolvió con la manta, pareció que una intensa luz se había apagado, dejando por toda iluminación la misérrima de las baterías del pesquero, concretadas en dos pequeñas bombillas.

—Supongo que no piensa disparar contra mí —dijo aquella hermosísima muchacha de ojos azules, con la voz de Baby…

Renxo abrió la boca en gesto estupefacto. La cerró, la volvió a abrir y, finalmente, sin haber pronunciado una sola palabra, fue a sentarse en otra litera, siempre fija su mirada en la divina espía.

—¡Brrr! —Tiritó ésta—. ¡Ha sido horrible este baño! ¿Mis chicos están bien, Haxhi?

—¿Eh? Oh, sí… Bueno, tienen una rozadura de bala.

—¿Una rozadura? —Se tensó ella—. ¿Sólo eso?

—Sí, sí… Sólo eso. Uno de ellos ni siquiera está herido, en

realidad; le entró arena en los ojos. El otro tiene un balazo en una pierna, creo. Pero me dicen que le comunique que están bien.

Brigitte Montfort se lo quedó mirando fijamente, de tal modo que Renxo se removió, inquieto.

—¿No me engaña? —susurró ella.

—No, no.

Ella vaciló, frunció el ceño…

—De todos modos, iré a verlo ahora mismo. Usted quédese aquí y eche un vistazo. Supongo que no necesita ayuda para encontrar en un barco tan pequeño una cosa tan grande.

—Si está, la encontraré —aseguró el albanés—. ¿Quiere que la lleve a la playa?

—Sé remar.

Envuelta en la manta, subió a cubierta, pasó indiferente junto a los dos hombres muertos ante la ametralladora y saltó a la pequeña barca. En pocos segundos, con la manta caída junto a sus caderas, llegó a la playa. Se envolvió de nuevo y llamó:

—¿Simón?

—Aquí, Baby.

Detrás de las rocas estaban los dos espías. Simón III ya había conseguido librar sus ojos de la arena y estaba examinando con la roja luz de la linterna la herida de su compañero. Brigitte se arrodilló a su lado, vio la herida, pues el pantalón había sido arrancado, y movió la cabeza con gesto de alivio.

—No parece grave… ¿Le ha tocado el hueso?

—No —sonrió Simón II, como pudo—. No es nada, de veras.

—De todos modos, convendría evacuarlo. Llamaré a Simón I para que venga a recogerlo con el helicóptero y lo lleve a Atenas, o adonde sea.

—De ninguna manera —rechazó Simón II—. Lo que yo quiero es…

—Lo que usted quiera, es una cosa; lo que yo ordene, es otra. Y asunto terminado. Tráigame mi maletín, Simón, ¿quiere?

Simón III fue en busca del maletín, y Brigitte se dispuso a desinfectar la herida de Simón II y colocarle un apósito provisional, cosas ambas que hizo con rapidez y habilidad.

—Listo para el viaje —dijo.

—Pero si hasta podría bailar… —Intentó convencerla el espía.

—Ya nos hará una demostración de sirtaki en otro momento —sonrió la divina—. Ahora, llamaremos a Sim…

—¡Baby! —Se oyó la voz de Renxo, en el pesquero—. ¡La he encontrado! ¡Está aquí, toda completa, las tres secciones…! ¡La bomba completa!

—¡Quiero verla! —aulló Simón II—. ¡Demonios, usted no puede echarme de aquí sin ver ese artefacto por el que nos hemos jugado la vida, Baby!

—Está bien. Creo que tiene derecho a eso… Vamos a ayudarle, Simón.

Capítulo VII

Efectivamente.

La bomba estaba allí, en el depósito para pescado… y cubierta de pescado. Es decir, había estado cubierta de pescado, pero Haxhi Renxo lo había apartado ya cuando los tres llegaron y se veía la brillante superficie metálica de tres secciones, una de ellas cónica. Al brillo del metal se sumaba el de las escamas de las sardinas, en las cuales hundía Renxo sus pies, sin importarle lo más mínimo, estremecido de alegría.

—Está aquí —repetía—. ¡Está aquí, toda completa, y la he encontrado! ¡La he encontrado yo, la he encontrado…!

—¿Cómo la vamos a sacar de ahí? —preguntó Simón III.

—¿Sacarla? —Alzó las cejas Baby—. ¿Para qué?

—Es mía —los miraba Renxo, relucientes los ojos—. ¡Es mía, la he encontrado, la:…!

—Renxo —cortó secamente Brigitte—. ¿Está olvidando nuestro trato?

Haxhi Renxo dejó de reír, de felicitarse a sí mismo, de lanzar exclamaciones de júbilo, y se quedó mirando desconcertado a la espía más peligrosa del mundo.

—¿Qué?

—Nuestro trato: esta bomba tiene que ir al fondo del mar.

—Pe… pero… Pero… Sí. —De pronto quedó abatido—. Sí, es verdad. Bueno… Me gustaría devolverla al silo, pero… creo que usted tiene razón. Bien. —Se pasó una mano por la cara, llenándosela de escamas de sardina—. Hemos evitado que sea disparada y eso ya es suficiente para mí. De acuerdo, la hundiremos.

—Deseo que entienda mi postura, Haxhi.

—Sí, sí, la entiendo… Mire, si usted quisiera apoderarse de la bomba para llevársela a Estados Unidos, seguramente todo esto

terminaría mal para uno de los dos. Pero si se trata de hundirla, estoy de acuerdo…

—Oiga —masculló Simón III—, ¿qué está tratando de insinuar con respecto a Baby? Cuando ella dice…

—Él tiene razón, Simón —sonrió Baby—. ¿Por qué ha de confiar nada menos que en la CIA?

—Cuando usted da su palabra, todo el mundo sabe que la cumple —farfulló Simón.

—Pero lo saben porque la cumplo, ¿no? —rió ella—. Así que voy a cumplirla con Haxhi, y él será uno más de los que dirá que la agente Baby sólo tiene una palabra. Basta de discusiones, por lo tanto. *Okay? Okay*, Haxhi?

—*Okay* —sonrió el albanés.

—Me gustaría saber cómo demonios la han traído a este asqueroso barco —murmuró Simón II, que se sostenía sobre una sola pierna—. Además, ¿no decían que llegaría aquí en tres secciones?

—El hecho cierto es que está aquí y eso es lo que importa —dijo Baby—. Además, todas las cosas tienen siempre una explicación. Quizá la sacaron de aguas de Albania en tres secciones, por tres medios de transporte diferentes, y luego, en alta mar, las tres secciones fueron trasladadas al pesquero… Tiene sentido, ¿no? ¿A quién se le va a ocurrir hacer caso a un pequeño pesquero griego en aguas griegas? Roban la bomba, la sacan de Albania en secciones, se encuentran en el mar, las cargan las tres aquí, y asunto terminado. Es decir, casi terminado: falta hundirla. —Brigitte miró de pronto a Renxo, sonriendo—. ¿Les dirá usted a sus amiguitos chinos lo que ha ocurrido?

—No sé si la entiendo —parpadeó. Haxhi.

—Si les dice que una de sus bombas se ha ido al fondo del mar debido a mi insistencia, no se pondrán de buen humor, precisamente.

—No sé… ¿Va a pedirme que no les hable de la intervención de usted? Bueno, podría decirles que… que el pesquero se hundió, que no pude evitarlo… ¿Le parece bien?

—Pues sí —aceptó la divina—. Ya es suficiente que ofrezcan cinco millones de dólares por mi cabecita. ¿O son seis ya? He perdido el ritmo de mi cotización… ¿La conoce usted?

—Me parece qué la última cifra que oí referida a la agente Baby de la CIA eran seis millones de dólares.

—Oh… Al parecer, se han estancado en sus precios. No sé si me gusta eso, Haxhi. Si todo aumenta de precio, ¿por qué no mi cabeza? ¿Sabe una cosa? Dígales a los chinos que su bomba está en el fondo del mar por mi causa… ¡Caramba, vamos a ver si llegan a los siete millones!

Haxhi Renxo miraba estupefacto a Baby, pero los dos Simones soltaron unas risitas, y el albanés tuvo que comprender la broma de la sin par espía internacional.

—De acuerdo —rió también—. ¡Ya le enviaré una nota a la CIA sobre su última cotización!

La carcajada fue cuádruple esta vez.

—Iré a llamar por la radio —dijo Baby.

* * *

Simón, que había llegado hacía rato con el helicóptero desde Syrna, asintió con la cabeza, fija la mirada en el mapa.

—De acuerdo, todo entendido. ¿Quiere que se lo repita?

—Supongo que le parezco muy pesada, Simón —sonrió Brigitte Montfort—, pero sí, me gustaría que me repitiese las instrucciones que acabo de darle… Espere, ahí vienen Simón y Renxo. —Los miró llegar a los dos y preguntó—: ¿Hecho?

—Todo tal como usted ha dispuesto —contestó Simón—. Nos hemos llevado a los árabes dormidos al otro extremo de la isla, y hemos colocado la carga de plástico en la rampa: saltará en pedazos en cuanto queramos y cuando los árabes despierten, serán unos pobres náufragos que no entenderán nada de nada.

—Hemos llevado al pesquero el resto de las armas y las granadas —dijo Renxo—. Por nuestra parte, todo está listo.

—Bien, estupendo. Por favor, lleven a Simón al helicóptero y acomódenlo allí.

—Puedo caminar —protestó Simón II.

—Caminará mejor si le ayudan. Zambomba, Simón, es usted un muchacho un poco tozudo, ¿no le parece? Vamos, sea buen niño y déjese ayudar… Oh, oh, oh… ¡Cómo! ¿Se va sin darme un besito?

El fruncido ceño del espía se desarrugó. Vaciló, pero no tuvo

más remedio que sonreír, finalmente. Se inclinó, besó a Baby en ambas mejillas, al mismo tiempo que ella le besaba a él, y dijo:

—En cuanto salga de ésta, me dejo herir otra vez… ¡Vale la pena!

Rieron todos, incluido Renxo, que fue el primero en ofrecer su ayuda al herido. Entre el albanés y Simón III lo llevaron al helicóptero, mientras Simón I, serio, de pronto, repetía las instrucciones recibidas:

—Llevo a Simón II a Atenas, lo dejo en manos del médico que tenemos allá, y hecho esto, Simón III y yo…

Más allá, en el helicóptero, Haxhi Renxo estaba diciendo:

—Ustedes, los de la CIA, al menos tienen algo que recordar con agrado en esta puerca vida de espías.

—¿A qué se refiere? —se sorprendió Simón II.

—A Baby… Y les diré algo: no entiendo a esa mujer. Me explicaré: tratándola, uno se siente encantado de la vida, es como si… como si estuviese con una niña encantadora y la vida fuese estupenda, y jamás pudiese suceder nada malo… ¿Me siguen? Bueno, pues al cabo de unos minutos, o unas horas, uno entra en una casa, o sube a un barco, y se encuentre con… con algunos hombres con el cuello o la cabeza rota, o muertos a balazos o… ¿Me comprenden?

—Seguro. Y usted comprenderá en seguida a Baby, Renxo, ya que tanto le intriga su modo de ser. Es tan sencillo que hasta los niños en edad escolar lo entienden: si eres bueno, Baby es buena; si eres malo, Baby te castiga. ¿Lo entiende, Renxo?

—¿Así de simple?

—Bueno —murmuró Simón—. Es así de simple, en efecto. La lástima es que a Baby no la dejan ser buena.

—Peor para quien sea —dijo Simón II—. ¡Con lo bien que les va a los que son buenos! Y hablando de bondades: ¿qué tal si me ponéis bien la pata de una maldita vez? Si no lo hacéis, se lo diré a Baby…

—Horror —simuló asustarse Simón III—. ¡Rápido, albanés, pongámosle bien la pata a este niño mimado!

Diez minutos más tarde, el helicóptero alzaba el vuelo, llevándose tras él un beso que Baby lanzó al airé. En el aparato, los tres Simones correspondieron al saludo, y poco después, Baby y

Haxhi Renxo se encontraban solos en la isla. O prácticamente solos, ya que los cuatro árabes dormidos no contaban.

—¿Coloco el fulminante? —preguntó Renxo.

—Sí, por favor. Lo espero en el bote.

La espía se dirigió hacia el bote, siempre envuelta en la manta conseguida en el pesquero, y bajo la cual estaba completamente desnuda. De pasada recogió su maletín, que tuvo buen cuidado de no mojar cuando se introdujo en el agua para llegar hasta el bote.

Haxhi Renxo llegó poco después, corriendo, también con el agua hasta poco más abajo de las rodillas, y saltó al bote, empuñando rápidamente los remos. En pocos segundos estaban a bordo del pesquero, y abandonando el bote se dirigieron mar adentro. Renxo gobernaba la embarcación y Baby, a su lado, miraba fijamente el islote.

Debían estar ya a más de media milla cuando brotó la bola de fuego, inundando de luz roja el mar en varias millas a la redonda.

Era muy poco probable que aquella rampa de lanzamiento pudiese ser utilizada jamás.

—Lo estamos consiguiendo —dijo Renxo, con evidente incredulidad—. ¡Solamente cinco elementos y lo estamos consiguiendo!

—Falta la bomba —dijo Baby. Extendió el mapa sobre el tablero de mandos, de modo que al albanés pudiese verlo—. ¿Está seguro de que ha elegido bien el lugar, Haxhi?

—Segurísimo. Además, la profundidad está indicada ahí por el tono de azul más intenso. Podríamos ir hacia Rodas y dejar caer la bomba allá, pero como ya convinimos con sus amigos, es mejor hacia Cithera; unas pocas millas más al Oeste hay profundidades de hasta cuatro mil metros. Podemos llegar allá hacia el amanecer, colocar la carga explosiva en el pesquero, y esmerar a que ellos vengan a recogernos con el helicóptero… Desde el aire podremos ver cómo explota y se hunde con la bomba… Conozco bien esas aguas.

—De acuerdo. Voy a colocar bien mis ropas, para que se sequen, y creo que descansaré un poco, bien abrigada. Estoy helada de frío. ¿Le importa seguir al timón, Haxhi?

—Claro que no. Vaya tranquila: la despertaré antes del amanecer.

—Si está cansado, o…

—No, no. Vaya a dormir, Baby.

—Gracias. Hasta luego, querido amigo.

Baby entró en el habitáculo del pesquero, se aseguró de que sus ropas mojadas seguían bien extendidas, secándose, y se tumbó en una de las literas. En pocos segundos, estaba profundamente dormida.

* * *

De pronto, abrió los ojos, y lo primero que vio fue a un hombre de raza árabe mirándola ávidamente…, mientras la apuntaba con una pistola. Se sentó a toda velocidad en la litera y entonces vio a los otros dos árabes, igualmente armados de pistolas. En el acto se dio cuenta de que la habían privado de la manta, así que nada podía ocultar a aquellas tres miradas relucientes.

Se quedó inmóvil, muy abiertos los ojos. Uno de los árabes dijo algo, y mientras sus compañeros sonreían, se acercó y pasó una mano por la bella anatomía de Baby, cuyo cuerpo vibró un instante.

—¿No le gusta? —preguntó el árabe, en perfecto inglés.

—No.

—Peor para usted. Vamos a cubierta.

Brigitte miró hacia una de las portillas y vio la lívida luz del amanecer, de un color entre azul y amarillo. Sin replicar saltó de la litera, recogió la manta y se envolvió en ella. Buscó con la mirada su maletín, pero no estaba allí. Un empujón fue suficiente para que comprendiese que los árabes no tenían mucha paciencia.

Subió a cubierta y miró hacia la cabina de mandos, donde Haxhi Renxo le sonrió, divertido. A su lado había otro árabe, que dirigió una irónica mirada a la agente de lujo de la CIA.

—¿Ha dormido bien? —se burló Renxo.

Sin contestar, Brigitte desvió la mirada, y vio el yate, que navegaba paralelamente a ellos, a unos veinte metros. Un yate blanco, muy hermoso, que muy pronto cuando el sol terminase de salir, reluciría con intensa blancura.

—De prisa —dijo Haxhi Renxo—. Está amaneciendo, y los amigos de ella no tardarán en aparecer por aquí.

Uno de los árabes hizo señas hacia el yate, cuyos motores

dejaron de oírse. Lo mismo ocurrió con los del pesquero. Ambas embarcaciones estaban quietas poco después, flotando mansamente sobre las tranquilas aguas. Junto al pesquero había una lanchita a motor, y Baby recibió la orden de bajar a ella siguiendo a dos de los árabes. Poco después, bajaban Renxo y el otro árabe. La lancha fue gobernada hacia el yate, al cual subieron todos. Inmediatamente, los motores del yate volvieron a oírse, y tras una ligera trepidación, la embarcación de lujo se puso en marcha. Permanecieron todos en cubierta hasta que el pesquero saltó en mil pedazos, lanzando una ráfaga de astillas a todas partes, ocasionando una violenta erupción de blanquísima espuma…

—Como ve —dijo Renxo—, estoy cumpliendo mi parte del trato, Baby: allá va la bomba, hacia el fondo del mar. Lástima… para usted y para los de Tel Aviv que sea una bomba sin carga… ¿No se le ocurrió examinar la cabeza del proyectil?

Brigitte Montfort no contestó. Hacía fresco y apretó la manta contra su desnudo cuerpo…

—¿Tiene frío? Sí, claro… Será mejor que vayamos adentro. Le he traído sus ropas, y espero que dentro de muy poco estarán ya secas. Mientras tanto, tendrá que conformarse con la manta… si es que ellos se lo permiten; les ha gustado usted mucho… y ya sabe cómo son los árabes cuando ven una mujer tan hermosa: A los chinos también les gustan mucho, pero son más… moderados en sus manifestaciones. De todos modos, me temo que no lo va a pasar usted muy bien antes de convertirse en seis millones de dólares para mí.

Baby Montfort apretó los labios. No rechistó siquiera cuando de nuevo fue empujada. Entró en la zona de camarotes, llegó al amplio salón del yate del cual partía el pasillo hacia popa, y se quedó mirando al chino que estaba sentado en el diván, fumando un cigarrillo, con una dedicación digna de mejor causa. Era un chino de edad mediana, delgado, de aspecto elegante, serio, inteligente. Miró a la bella espía y luego a Renxo. Los dos estuvieron unos segundos hablando en albanés, hasta que Renxo, sonriendo, sugirió:

—Deberíamos hablar en inglés, Ah Koi, para que ella nos entendiese. Y también nuestros amigos árabes.

El chino asintió con un gesto, mirando a los cuatro árabes que habían bajado al salón del yate.

—Discúlpenme —pidió—. Solamente le estaba preguntando a Renxo si realmente esta mujer es la agente Baby de la CIA. ¿Estamos ya navegando hacia el lugar convenido?

—Sí —dijo uno de los árabes—. Y el pesquero ha sido hundido con la bomba falsa en él.

—Espléndido. Me estaba diciendo Renxo que dos agentes de la CIA estarán volando pronto por encima de nosotros, buscando el pesquero para recogerlo a él y a la agente Baby. Pero todo lo que verán del pesquero, según entiendo, serán unos cuantos restos, de modo que no molestarán a un pacífico yate de recreo. Y mientras ellos buscan y rebuscan el pesquero, nosotros seguiremos el rumbo previsto. Todo está perfectamente. Lo único que me tiene sorprendido —miró a Brigitte— es la facilidad con que Renxo ha engañado a una espía como la señorita… la señorita…

—Mima Flowers —dijo Renxo—. Eso dijo ella, al menos.

—De momento, aceptaremos ese nombre. Señorita Flowers —la miraba intensamente—, ¿de verdad es usted la agente Baby?

—Sí. El chino Ah Koi movió la cabeza con gesto de admirada sorpresa.

—Resulta un poco decepcionante, la verdad. Durante todo este tiempo he estado convencido de que Renxo fallaría en algo, y que usted le… cortaría la cabeza, hablando en términos figurados. ¿Cómo ha podido engañarla Renxo, cuando tantos agentes compañeros míos fracasaron con usted?

—Supongo que Renxo es más listo.

Ah Koi se estiró una oreja, pensativo. Los árabes se habían sentado, y también Haxhi Renxo, que seguía mirando irónicamente a la mejor espía del mundo, sosteniendo sobre sus rodillas la ropa y el maletín de ella.

—Bien —murmuró el chino—. ¿Por qué no? Hay que rendirse a la evidencia de que Renxo la ha vencido. A veces no es cuestión de valer más o menos, sino de saber… llevar el asunto adecuadamente. Y eso es lo que ha sabido hacer Renxo. Lo cual tiene mucho mérito, naturalmente. Dígame, señorita, Flowers: ¿no tiene usted idea de lo que está ocurriendo, del nuevo giro que ha tomado este asunto?

—No. No tengo la menor idea.

—En Pekín se dice que a usted no es posible engañarla… Se la puede matar, claro, pero no engañar.

—Lamento haber dejado en mal lugar a los señores de Pekín. Está claro que me han supervalorado, señor Koi.

—Lo cual no es frecuente en mi… círculo de amistades. Tenemos a gala establecer una medida de valores exactos en todas las cosas. Usted, por ejemplo, está catalogada en el archivo de… enemigos especiales, por decirlo de alguna manera. Y me consta que en varias ocasiones nos ha ocasionado problemas y hasta graves quebrantos.

—No siempre se gana.

—Eso también es verdad. Bueno, hacia el mediodía nos recogerá a usted y a mí un hidroavión, y nos llevará a un lugar desde el cual volaremos directamente hasta Pekín. Mientras tanto, ¿puedo servirla en algo?

—Sí, quisiera pedirle un favor, señor Koi: péguele un tiro a Renxo en la cabeza.

Ah Koi se permitió una sonrisa, mientras Renxo soltaba una carcajada.

—Comprendo que me guarde rencor —dijo el albanés—, pero como es natural, cada uno juega a favor de los suyos. Usted sabe esto muy bien, Baby.

Ella alzó las cejas, miró a los árabes y de nuevo a Renxo.

—¿A favor de los suyos? —musitó—. No sabía que los suyos fuesen los árabes.

—¿No le gustan los árabes? —preguntó uno de éstos, bruscamente.

Baby lo miró y encogió los hombros.

—Unos árabes me gustan, y otros no me gustan. Por ejemplo, ustedes no me gustan. ¿Qué es lo que están tratando de conseguir con todo esto de la bomba atómica? Y por favor, no me digan que la bomba ha ido a parar al fondo del mar: lo que había en el pesquero debía ser… un espejo para que nos deslumbrase. Por lo que ha dicho antes Raxhi, supongo que la cabeza del proyectil no contenía los mecanismos adecuados. Digamos que era una bomba de decorado. En cambio, deben ustedes tener muy cerca la auténtica bomba atómica sacada de los silos albaneses. ¿Para qué la quieren?

—Queremos aplastar de una vez por todas a Israel.

—¿Con una sola bomba?

Ah Koi alzó una mano atrayendo, la atención de Brigitte.

—¿Por qué una sola? —Alzó las cejas—. ¿Por qué no una

docena, por ejemplo?

—Porque ustedes no disponen de suficientes recursos técnicos para movilizar doce bombas por estas aguas, señor Koi. Tiene que ser una bomba solamente. Pero deduzco que con esa bomba, según ha dicho uno de sus amigos árabes, van a terminar de una vez con los israelitas… y me pregunto cómo es posible eso. Además, es una tontería correr todo este riesgo para lanzar una sola bomba. A menos…

—Siga —sonrió Ah Koi—. Está usted despertando mi interés, señorita Flowers.

—No me cabe la menor duda de que los árabes, y me refiero ahora a los ejércitos… legales, disponen de armamento atómico. Pueden con toda facilidad lanzar varias bombas hacia Israel… Pero no lo hacen. Y esto es lo que tiene molestos a los amigos que le acompañan en este yate. Ellos quieren de una vez por todas terminar con Israel, y entonces han pensado provocar una guerra atómica, para intentar conseguirlo. Sin embargo, ninguno de los bandos beligerantes parece dispuesto a recurrir a la energía atómica. Incluso se está hablando de que dentro de una semana quizá se consiga un alto el fuego para iniciar negociaciones de paz… más o menos convincente. Y eso es lo que quieren evitar sus amigos árabes; por lo tanto, lanzarán su bomba atómica. La respuesta de Israel utilizando el mismo armamento no se hará esperar, y entonces todo estará en marcha. Los israelitas acusarán a los árabes de haber disparado la primera bomba atómica. Los árabes lo negarán, pero lo cierto será que esa bomba atómica habrá destruido Tel Aviv. ¿Quién va a creer a los árabes? Nadie. Por tanto, guerra atómica, caiga quien caiga… Y sus amigos, señor Koi, confían en que, de una vez por todas, caiga Israel. Esa bomba, pues, sólo servirá para desencadenar la guerra atómica. Habrá cumplido su cometido. Lo demás, vendrá por sí solo.

—Es usted una mujer muy inteligente —susurró Ah Koi—. Muy inteligente, señorita Flowers.

—Puede llamarme Baby —replicó, fríamente, la divina—. Y ya que estamos en plan de conferencia sosegada, voy a hacerle una proposición, Ah Koi: paren el yate, despréndanse de la bomba atómica que transportan y regresen a sus respectivos países. De este modo, es posible que el conflicto bélico actual se resuelva pronto, lo

cual me complacería mucho, y ustedes salvarían sus vidas.

—¿Nos está amenazando? —rió Renxo.

—Sí —dijo seriamente Baby—. Si no hacen lo que les digo, morirán muy pronto todos.

—¿Cómo sabe que llevamos una bomba a bordo? —preguntó Ah Koi, entornando los ojos.

—Lo supongo. La rampa que hemos destruido esta madrugada era sólo una cortina de humo; disponen de otra rampa, y estamos navegando hacia ella.

—Sí, si —admitió Ah Koi—. Pero lo que me gustaría saber es cómo está llegando usted a esas conclusiones, señorita… Baby.

—Han habido detalles en este asunto que no me han convencido, señor Koi. Por ejemplo, Akim Sidef…

—El cual está muerto ahora, y mis amigos de regreso en Albania —sonrió Renxo.

—Akim Sidef —siguió Baby, sin mirar siquiera a Renxo— no conocía a nadie de Albania, pero, en cambio, uno de los grupos que robaron la bomba por secciones le conocía a él. Esto es absurdo. ¿Por qué mencionar en Albania el nombre de Akim Sidef? Esto aparte de que no ha existido tal traición por parte albanesa, sino que todo está sucediendo de acuerdo a instrucciones llegadas de Pekín. No ha habido robo de bomba. ¿Cierto?

—Cierto —admitió Ah Koi—. Siga, por favor…

—Lo del robo de la bomba lo ideó quizá Haxhi Renxo cuando un agente de la CIA escapó herido de muerte. Renxo no podía saber si el agente de la CIA había podido hablar o no, y si había hablado, qué había dicho. Cabía la peligrosa posibilidad de que mi compañero hubiese podido llegar hasta la casa, escuchar la conversación entre Akim Sidef y estos caballeros árabes… Y si había tenido tiempo de hablar antes de morir, o, peor todavía si no moría, informaría de todo lo oído a la CIA. En esta duda, Haxhi Renxo, o quizá alguien por encima de él, lo preparó todo de modo que Akim Sidef se convirtiera en… cabeza de turco. —Baby sonrió secamente —. Y nunca mejor aplicada la frase, ¿verdad?

—Verdad —sonrió también Ah Koi—. ¿Qué más?

—Akim Sidef y sus amigos fueron sacrificados con plena conciencia. Y también los dos árabes del hotel Stanley. Y los del pesquero, y los que habían en el islote… Todo ello para convencer a

la CIA de que Albania no tenía nada que ver con la futura explosión de la bomba atómica… que les habían robado… unos traidores. Haxhi Renxo fue el encargado de afrontar la situación, sonsacar a los agentes de la CIA, colaborar con ellos, informarles de todas las cosas falsas que ustedes querían introducir para desligarse de toda acusación. ¿Cierto?

—¿Cómo puede usted saber tantas cosas? —susurró Renxo.

—Era absurdo que Akim Sidef permaneciese en aquella casa sabiendo que alguien les había localizado y espiado en ella. Se quedó porque recibió órdenes en ese sentido. ¿No les parece grandiosamente absurdo? También era absurdo que los dos árabes del hotel Stanley ignorasen que un americano había rondado cerca de la casa de Akim Sidef. Ni sabían, aunque quisieron aparentar que sí, que cinco árabes habían estado antes en la casa de Sidef. Eran como… robots enviados a cumplir un trabajo. Eran carne de cañón…, como tuvo que serlo Akim Sidef, los del pesquero, los del islote… Y mientras Haxhi Renxo me entretenía y seguíamos la pista que él mismo ofrecía hacia el islote, se preparaba la verdadera bomba y otra rampa… Cuando esta bomba sea disparada, la CIA no podrá acusar a Albania, porque mis compañeros en esta misión saben que Renxo habrá contribuido a la destrucción de la bomba robada; cuando nos busquen con el helicóptero, verán los restos del pesquero, y sólo podrán pensar que hemos tenido un accidente o que hemos sufrido un ataque…, pero qué nuestros cadáveres se han Ido al fondo del mar… con la bomba. ¿Cómo desconfiar de Albania, entonces? Cuando la bomba destruya Tel Aviv, la CIA pensará que los árabes, sean cuales fueren, han conseguido la bomba en otra parte…, y Albania, y por tanto China, quedarán libres de sospechas serias, Al menos, no se sospechará de estos países más que de otros. O bien, se decidirá que, pese a sus protestas de inocencia en ese sentido, habrán sido realmente los árabes beligerantes los que habrán lanzado la primera bomba. Y todo esto, señor Koi, ¿a cambio de qué?

—De petróleo, señorita Flowers. No hace mucho fracasó otro plan nuestro en ese sentido. Pero hemos de seguir adelante. A cambio de la ayuda de China a estos patriotas árabes, tendremos la concesión de la mayor parte de las explotaciones petrolíferas que estos caballeros puedan controlar. Lo cual nos concederá un gran

poder mundial.

—Estados Unidos y Rusia aplastarían, aliándose, a cualquiera que pretendiese ejercer tal control.

—En ese caso, tendríamos una verdadera guerra mundial…, y China, a la larga, saldría beneficiada. También nuestros amigos árabes, que por fin habrían terminado con esa pesadilla que significa para ellos la existencia de Israel.

—En resumen —los ojos de Baby casi quedaron ocultos tras los párpados—. China y unos cuantos árabes que pueden controlar una buena parte del petróleo mundial han decidido terminar con Israel, y si es necesario, provocar la Tercera Guerra Mundial…, que les sería muy favorable, puesto que disponen de grandes reservas de petróleo.

—Exactamente. Ahora sí estoy convencido de que usted es la agente Baby, señorita Flowers. Y eso, lógicamente —el gesto de Ah Koi se tornó súbitamente frío, rígido—, me lleva a pensar en cuestiones muy importantes. La primera de ellas es que si usted ya esperaba todo esto al sospechar de Haxhi Renxo, no creo que la hayamos apresado… por sorpresa. Usted esperaba esto, ¿verdad?

—Deseaba equivocarme —susurró Brigitte—. Pero sospechaba de Renxo, sí. Tenía la sospecha de que algo intentaría, así que no estaba dormida cuando el pesquero se detuvo, y sus amigos árabes lo abordaron, y bajaron a por mí… Los estaba oyendo, los veía perfectamente cuando entraron…, pero quería llegar hasta el final. Y el final ha sido enterarme de todo, conocerlo a usted, saber exactamente todo lo que se tramaba en este asunto de la bomba por secciones.

—Muy astuta. Y naturalmente, usted ha tomado sus precauciones.

—Sí. Dentro de poco, mis amigos me localizarán, y hundirán el yate, a menos que…

—¿Hundirán el yate? —exclamó Renxo—. ¿Con usted dentro?

—Sí.

—No la crea, Ah Koi —rechazó el albanés—. Esos agentes de la CIA se cortarían el cuello antes de hacer daño a esta mujer, se lo aseguro.

—Esas fueron mis órdenes cuando hablaba a solas con Simón I, Renxo. ¿Por qué cree qué siempre lo llevaba aparte? No quería que

usted supiese que desconfiaba. Y no le quedaba la menor duda: este yate será hundido, y con él, la bomba…, que supongo deben llevar muy bien camuflada… ¿Forma parte del casco del yate, quizá, señor Koi?

Incluso el impávido chino respingó ante la agudeza mental de la espía internacional. De pronto, todos parecían tensos, el silencie era amenazador, angustioso… Unas gotitas de sudor habían aparecido en la frente de Haxhi Renxo, cuyos ojos contemplaban desorbitados a aquella mujer a la que había creído poder engañar con gran facilidad.

—Hay un detalle que usted ha olvidado —susurró, de pronto, Ah Koi—. Sus amigos buscarán el pesquero, pero no este yate. Volarán por encima de nosotros, seguramente, pero jamás pensarán que usted y la bomba puedan estar aquí.

—Mis amigos, señor Koi, no buscarán ni el pesquero, ni la bomba, ni, el yate, ni nada parecido: me buscarán a mi.

—¡Pero no la podrán encontrar, a menos que entren en este yate! —exclamó Haxhi Renxo—. Además, cuando, encuentren los restos del pesquero, creerán que usted y yo hemos muerto. No la buscarán.

Brigitte Montfort, alias Baby, bajó la cabeza, y no contestó. Ah Koi, que había estado mirando, fijamente los hermosísimos ojos azules, no pudo intentar penetrar en ellos hacia los pensamientos de la espía norteamericana: Su mirada quedó fija entonces en los negros cabellos femeninos, y en las manos que sujetaban la manta contra el cuerpo.

—Enciérrela en uno de los camarotes, Renxo —musitó—. Y no intente nada contra ella; la necesitaremos para negociar.

—¿Para negociar? —se sorprendió el albanés—. ¿Cómo vamos a negociar si los americanos ni siquiera podrán encontrarnos?

—Nos encontrarán… Es usted un estúpido, Renxo. ¿Con quién se ha creído que estaba tratando? Se le advirtió muy seriamente respecto a la intervención de Baby, y todos sus recursos. ¿De verdad cree que sus amigos no sabrán, encontrarla?

—¡Claro que no! ¿Cómo podrían…?

—Por favor, señorita Flowers —dijo cansadamente Ah Koi—. ¿Quiere ser tan amable de decirle a este estúpido cómo van a encontrarnos sus amigos?

—Por medio de un receptor captarán las ondas que está emitiendo el emisor que me tragué —sonrió gélidamente Baby.

Haxhi Renxo palideció como si hubiese muerto súbitamente.

—¡Maldita! ¡La voy a destrozar como…!

—Llévela a un camarote —cortó secamente Ah Koi—. Y si le hace daño, en estas nuevas circunstancias, despídase de la vida. Sólo si ella vive tendremos oportunidad de negociar con nuestras propias vidas. Llévesela y enciérrela, estúpido. Luego, vuelva aquí; tenemos que pensar en cómo vamos a afrontar esta situación.

Haxhi Renxo se puso en pie, temblando de rabia. Brigitte hizo lo mismo, impávida, y se dirigió hacia el pasillo de los camarotes. Renxo la empujó brutalmente, pero ni siquiera recibió una mirada de los ojos más azules que todo lo azul que había visto en su vida.

Abrió la puerta de uno de los camarotes, la volvió a empujar y entró tras ella, cerrando la puerta. Baby se volvió y lo miró plácidamente.

—Puerca… ¡Puerca espía americana! ¡Vas a ver!

Se acercó a ella, le arrancó la manta de un tirón, y acto seguido hundió su puño derecho en el terso estómago. Brigitte palideció y retrocedió un paso, pero sin encogerse, sin proferir el menor lamento. Y aún tuvo agallas para mirar burlonamente al albanés, y decir:

—Estúpido, mil veces estúpido y necio. Míreme bien, soy Baby, y usted no es nadie a mi lado. Nadie, nadie, nadie.

Rojo el rostro por la ira, Haxhi Renxo se adelantó, alzó las manos y rodeó con ellas el delicioso cuello dorado como el mismísimo sol.

—Vas a ver… —jadeó—. ¡Vas a ver!

Brigitte Montfort alzó sus manitas, al parecer para intentar quitarse del cuello las de Renxo, y esto era lo que él esperaba… Pero, no. Las manos subieron hasta la cabeza femenina, los deditos se introdujeron entre la hermosa mata de cabello… Haxhi Renxo tuvo tiempo de ver aquel inesperado brillo pasando ante sus ojos.

Luego, la fina aguja de acero se hundió con seco golpe bajo su pectoral izquierdo, y Haxhi Renxo se quedó inmóvil, abierta la boca, desorbitados los ojos. Estuvo así un par de segundos antes de que sus brazos cayeran flojamente, se tambaleó… Ante él, la espía más peligrosa del mundo echó de nuevo hacia atrás la mano

derecha, y dijo:
—Nadie, nadie, nadie…
Otro seco golpe y la aguja penetró de nuevo en el ya paralizado corazón del albanés, que con el golpe se fue hacia atrás, muerto.
—Absolutamente nadie —insistió Baby.
Se inclinó sobre él, le quitó la pistola y se acercó a la puerta, apoyando en ella una de sus orejitas. Al parecer, los demás no se habían enterado de nada, pero estaban esperando a Haxhi Renxo, así que muy pronto acudirían a buscarlo.
Sin preocuparse por la manta, Brigitte fue a sentarse al fondo del camarote, bajo la portilla por la que ya se veía el color del sol más intenso.
Un minuto más tarde, oyó los pasos en el pasillo. Alzó la mano armada con la pistola de Haxhi Renxo, y apuntó hacia la puerta. Esta se abrió a los pocos segundos, y uno de los árabes comenzó a entrar, diciendo:
—Ah Koi dice…
Plop.
El árabe vio a la espía norteamericana al mismo tiempo que recibía la bala en el centro de la frente. Así que cuando saltó hacia el pasillo, muerto, sus ojos estaban desmesuradamente abiertos. En el pasillo, más lejos, se oyeron algunas voces excitadas. Brigitte distinguió entre ellas un nombre árabe, sin duda el del hombre que acababa de morir. Luego, pasos precipitados, que se interrumpieron cuando sonó, con asombrosa claridad, la voz de Ah Koi:
—¡No! ¡Ha matado a Renxo y tiene su pistola! ¡Vuelvan!
Los pasos retrocedieron y Brigitte Montfort sonrió secamente. Luego, silencio en el yate. Solamente el rumor del mar, de los motores, de la navegación… La mirada de la espía permanecía fija en el hueco de la abierta puerta, siempre apuntada la pistola hacia allí.
Un minuto, dos, tres… Cuanto más tiempo esperasen, peor para ellos, pensó Brigitte. Porque, Simón I y Simón III debían estar ya muy cerca de allí, dispuestos a lanzar las granadas narcóticas que dormirían a todos los ocupantes del yate. Incluso a ella, por supuesto, pero al despertar todo le sería favorable. Ese era, el plan y sabía que no fallaría. Sólo se trataba de que ella pudiera mantener a raya a aquellos árabes y al chino Ah Koi. Pero, ¿cuánto tiempo

permanecerían ellos inactivos? Debían estar tramando algo… Pero, ¿qué podían tramar? Si querían matarla, tenían que asomarse al camarote, disparar, y eso no les iba a resultar fácil.

«Las granadas… —pensó de pronto Baby—. ¡Santo Dios, las granadas que puse en el maletín…!».

¿Y si decidían tirar una granada en el camarote? La despedazarían, desde luego.

Se puso en pie de un salto y se acercó sigilosamente a la puerta. No se oía nada. Con toda cautela, asomó la cabeza. No había nadie en el pasillo. Y en el saloncito tampoco se oía nada… Caminó sin hacer el menor ruido por el pasillo y, de pronto, los vio a los cuatro, a los tres árabes y al chino. Fue todo como una visión fugacísima y completísima, como iluminada por la luz de un relámpago: su maletín estaba abierto sobre la mesita de centro, y los tres árabes estaban de pie alrededor, mientras Ah Koi, sentado, asentía con la cabeza al árabe que le mostraba una de las granadas y susurraba algo. De pronto, la mirada del chino se desvió, pasó entre dos de los árabes y sus negros ojos parecieron chocar con los azules de la divina espía que aparecía desnuda, pistola en mano.

La boca de Ah Koi se abrió, el chino comenzó a incorporarse…

Plop, disparó Baby. Y al mismo tiempo que lo hacía saltaba hacia atrás con todas sus fuerzas, pues si su disparo era todo lo certero que solía serlo, lo que iba a ocurrir sería peligroso para ella misma.

Y ocurrió. El duro entrenamiento de armas de Baby dio su fruto, una vez más: la bala acertó la granada que el árabe sostenía en una mano, y estalló, como una pequeña bola de fuego, a menos de dos palmos de su cuerpo y de los de sus compañeros y Ah Koi… Fue un estallido tremendo, que lanzó a los cuatro hombres contra las paredes, envueltos en humo y fuego, destrozando sus ropas y sus carnes y huesos… y abriendo un boquete en la parte del casco más cercana a la explosión.

Por su parte, Brigitte estaba rodando hacia atrás, a salvo de metralla y astillas, pero impulsada por la potente onda expansiva de la granada. Cuando se puso en pie, desde el saloncito llegaba una humareda densa y, se oía el rumor muy cercano del agua… El yate dio un bandazo, y segundos después, Brigitte notaba sus pies sumergidos en agua.

Sin vacilar, echó a correr hacia el salón, lo cruzó, tosiendo y tambaleándose, resbalando sobre el agua que penetraba impetuosamente por el boquete, y alcanzó las escalerillas, lanzándose, a toda prisa hacia arriba. Apareció en cubierta envuelta en humo, tosiendo, llenos los ojos de lágrimas…, y aun así, pudo ver al árabe que se detenía ante ella, respingando ante la inesperada visión del desnudo cuerpo femenino.

Plop.

Todavía pudo ver el negruzco orificio en la frente del árabe antes de que éste cayese hacia atrás.

Un segundo después, la divina espía efectuaba un espectacular salto hacia las azules y frías aguas del Mediterráneo, desapareciendo bajo ellas. Reapareció en seguida, y comenzó a nadar alejándose del yate… Sentía un frío tan horrible que se asustó; no podría permanecer mucho tiempo en el agua, lo sabía. Su cuerpo se iría enfriando, helando. Y esto, no sólo era malo de por sí, sino que quizá el frío llegase hasta el pequeño emisor de señales que funcionaba con el calor de su cuerpo, y dejase de emitir señales. Si su cuerpo se enfriaba, si su estómago se enfriaba, los Simones jamás podrían encontrarla.

Se volvió a mirar el yate, y lo vio completamente ladeado, hundiéndose a tal velocidad que parecía que estuviesen tirando de él hacia abajo. Y en menos de tres minutos desapareció, suavemente, en su última singladura… hacia el fondo del mar.

«Una bomba menos —pensó Baby—. Poca cosa, pero una bomba menos… es una bomba menos. Y mucho me temo que dentro de poco… habrá una espía menos…».

En aquel momento, comenzó a oír el inconfundible rumor del vuelo de un helicóptero.

Este es el final

Comenzaba a ponerse el sol cuando la señora Powers entró en el pequeño cementerio de la localidad, con su ramo de flores en una mano, el bolso en la otra, la mirada fija en el suelo, triste… Todo dolor cede un día u otro, o, mejor dicho, va cediendo con el paso de los días, del tiempo… Si Dios era bondadoso con ella, su dolor se iría mitigando; no olvidaría a su hijo Roy, pero seguramente aquella pena tan profunda se iría diluyendo…

La señora Powers se detuvo en seco, sorprendida, al ver a aquella mujer que estaba ante la tumba de su hijo, de espaldas a la entrada del cementerio. ¿O no estaba ante la tumba de Roy? Sí, sí, seguro.

Intrigada, aunque pensando que seguramente aquella mujer sería una persona conocida, la señora Powers continuó caminando. Llegó ante la tumba de su hijo, y entonces la otra mujer volvió la cabeza hacia ella. Entonces, la señora Powers se llevó la más grande sorpresa de su vida, en varias fases. Primera: no conocía a aquella muchacha. Segunda: era la más hermosa que había visto jamás. Tercera: había una lágrima en cada uno de sus grandiosos, bellísimos ojos azules…

—Perdone —susurró la señora Powers—. Si la he asustado…

La hermosísima muchacha movió negativamente la cabeza.

—No, señora.

La señora Powers miró la tumba de su hijo, y vio sobre ella el ramo de rosas rojas. Luego, inmersa en aquella nueva fase de su sorpresa, preguntó:

—¿Conocía usted a mi hijo, señorita?

—Sí… Sí, señora. No le vi nunca, pero le conocía.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que vi su cadáver en Europa antes de que lo enviasen a casa. ¿Le gustaría saber, señora, que cientos de miles de

personas deben la vida a su hijo? Puede que eso la consuele bastante…, en lo posible. Piense en ello: Simón no ha muerto en vano.

—¿Simón? —se sorprendió la dama—. Perdone, pero me hijo se llamaba Roy… Roy Powers, vea la placa. Me parece que se ha confundido usted de tumba, señorita.

—No, señora. Y perdóneme, pero tengo que tomar el avión en la capital antes de una hora. Piense en lo que le he dicho sobre su hijo, porque es verdad. Adiós, señora. —Se volvió hacia la tumba de nuevo, y susurró—: Adiós…, Simón.

FIN